



SALANCANA.

25 de junio de 1847.

TOMO V. 16



## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### SALANGANA.

Así se llaman en las Indias Orientales, unos nidos que se comen, contruidos por una especie de golondrina mas pequeña que el pájaro que conocemos con el nombre de reyezuelo, pues solo tiene tres pulgadas de longitud, y además la pechuga negra, y blanca la punta de la cola: en las Indias, el Japon y las islas Filipinas, se encuentra este género de aves, cuyos nidos, tan célebres, y pagados á tan alto precio, se hallan hoy esparcidos en gran número en Inglaterra y mas allá todavía en lo que resta de Europa. Su forma es la de una concha hendida, y unida á las rocas por su estremidad superior, sin observar en ellos mas que una ó dos líneas de grueso; á primera vista parece que está fabricado con goma, siendo por otra parte tan frágil como el vidrio; pero mientras mas claro y blanco aparece á nuestros ojos tanto mayor es su mérito, y está contruido de modo tan maravilloso, como pudiera estarlo el mas perfecto enrejado. Las observaciones químicas han demostrado que este nido se halla compuesto de una materia intermedia entre la mucosidad y la gelatina, siendo Doutins el primer médico y naturalista que hace mas de dos siglos nos ha dado exactos detalles relativos á este asunto: dice, que por la primavera penetran en lo interior del país estas pequeñas golondrinas, que vuelan por la orilla del mar, y hallan cerca del agua una materia gomosa que cogen para edificar sus nidos, los cuales buscan los chinos con avidéz á fin de trasportarlos en grande número á los mercados de las Indias, cuyos habitantes se los comen guisados con una salsa de pollo y de carnero; plato que consideran como el mas delicioso y esquisito de todos.

Segun Bekmann, los nidos de mejor gusto se encuentran en la isla de Borneo, y si ha de darse crédito á lo que dice Kämpfer, hay en el Japon una especie de jibia de tal volumen, que dos hombres casi no son suficientes para levantarla; antes de comerla, se macera durante algun tiempo en una disolucion de alumbre, lo cual la pone tan trasparente y esquisita como los nidos, y por eso, dice, le han asegurado varios pescadores chinos que estos nidos no se componen de otra cosa mas que de la carne de jibia; pero de todas cuantas reseñas nos han suministrado, las de Romph son las mas detalladas.

Nos dice este viajero que en la ribera del mar de Indias se encuentran debajo del agua, y en la superficie de las rocas, una pequeña planta, que por la forma que tiene la han dado el nombre de *planta marina del coral*; es de tres ó cuatro pulgadas de alto, y se divide en cuatro ó cinco ramos pequeños y redondos del grueso de un cañoncito de paja, en derredor del cual se vé una infinidad de ellos mucho mas pequeños todavía; esta planta es flexible, cartilaginosa, medio trasparente y escurridiza, por lo cual es muy difícil de arrancar: su color es blanco, aunque con cierta tintura de encarnado; pero colocada mas profundamente en el agua es de un negro bastante cargado, y se puede comer cruda: el tiempo de hallarla es en los meses de agosto y setiembre; los indigenas la cogen para comerla.

Se presume, pues, que la golondrina de que hablamos se sirve de esta planta para fabricar su nido; mas otros, y Mr. Oken es de este número, no son de igual opinion; dice Mr. Oken que el espresado nido se compone de dos materias distintas; la parte exterior está contruida con pequeñitos tallos, y con el musgo que cogen estos pájaros

en la orilla del mar y en los troncos de los árboles, al mismo tiempo que el interior contiene una sustancia enteramente distinta, que es precisamente la que se come despues de haberla despojado de la parte exterior y de haberla secado al viento. Tambien se ha observado, que cualquiera que sea la distancia en que estas aves se encuentran de la orilla del mar, acuden siempre á este sitio para buscar la materia con que fabrican su nido, y en la costa de Amboina, en ciertas épocas del año, se halla con abundancia la planta de que acabamos de hablar. Los nidos de golondrinas de mar que hay en este parage, son mas grandes, pero no tan buenos y esquisitos al paladar, y en Java donde son tan sabrosos y donde hay un número tan considerable de ellos, la planta de que se componen, no existe, lo que conduce á probarnos que no es esta planta la que constituye la materia de su construcción: se ha observado además que los nidos recién fabricados, son tan gomosos, que los huevecillos se quedan allí pegados, y sin embargo no tienen el gusto salado que es natural á este género de plantas.

Vemos tambien que no en todas las comarcas se encuentran estos nidos buenos para comer, pues en la costa meridional de la isla de Homa, las rocas parecen colmenas, sin embargo, los nidos que contienen cuya forma es oval, están fabricados con arena y barro, y por consiguiente no valen nada, en tanto que los de las rocas al E. de Java, de Madura, Pali, Borneo, Celeba, los de Siam, Cambodja, Cochinchina, y hasta los de las islas de Macassari, son excelentes; pero los de Java y Siam son los mejores, y los de Siam y Sangi, aunque mas sólidos, menos blancos.

Se cree que anualmente se envían solamente de Batavia hasta mil fardos de nidos, todos procedentes de la Cochinchina y de las islas cercanas: cada nido pesa una onza, por lo cual se ha calculado que se remiten 125,000 libras de peso, y cuatro millones de nidos, y si se cuenta cinco pájaros por cada nido, tendremos entonces veinte millones; parece increíble que una especie de pájaro tan numerosa, haya estado ignorada tanto tiempo. Homé en Inglaterra, ha hecho observaciones anatómicas para indagar si el mismo pájaro era el que contenia los materiales de construcción, y encontró que las glándulas de estos pajarillos, estaban muy desarrolladas, divididas en muchas partes, por lo cual dedujo que en este sitio debia estar el asiento de la secreción de esta materia. El lujo excesivo de los chinos, es lo que sobre todo ha contribuido á hacer de estos nidos, el objeto de una vasta explotación, pues en Java, hay un considerable número de cavidades llenas de nidos, situadas á cincuenta leguas inglesas del mar; en Grenfuent, los mejores son aquellos que se sacan del fondo de estas cavidades, y que se rocogen en el momento en que las pájaras ponen sus huevecillos, por que entonces están mas blancos que en ninguna otra época; dos veces al año pueden cogerse estos nidos, lo cual solo pueden hacer las personas prácticas en esta operacion, porque están los nidos colocados en las puntas de las rocas á cuyo pié el mar viene á estrellarse con furia, y por consiguiente se corre gran peligro.

El grabado que acompaña á este artículo representa en primer término el pájaro en su tamaño natural y varios nidos contruidos, para que se forme una idea exacta de su forma y posicion.



## ESTUDIOS HISTORICOS.



NI QUITO NI PONGO REY, PERO AYUDO A MI SEÑOR.

## DON PEDRO EL CRUEL.

## I.

Todos los historiadores convienen en que don Pedro I de Castilla, conocido vulgarmente por el *Cruel*, mostró desde muy niño un talento aventajado. Mariana describe de un modo interesante la fisonomía de este novelesco monarca, pues dice que su color blanco, larga cabellera rubia, ojos azules pero espresivos, cuerpo gentil, aunque no de mucha talla, y cierto aire de magestad, hacían en su personal un conjunto agradable. A estos dones de la naturaleza reunía don Pedro otros no menos importantes que lo hacen digno de reinar en mejor siglo. Era emprendedor y generoso. Jamás desmayó su espíritu por dificultades que tuviera que vencer: amante de la justicia, enemigo de la mentira, sereno en los mayores peligros é inclinado, en fin, al trabajo sin que una sola vez rindieran las privaciones el ánimo valeroso de aquel monarca castellano.

Quince años acababa de cumplir el príncipe don Pedro cuando fué exaltado al trono por la muerte de su padre Alonso XI, llamado el *Vengador*, ocurrida en el cerco de Algeciras el 27 de marzo de 1350.—En sus primeros años, esto es, cuando era príncipe, se dedicó al estudio, ejercitándose en los ratos de recreo en la pesca y en la caza, porque los hermanos bastardos

don Enrique, don Tello y don Fadrique, procuraban oscurecerlo aun en los actos mas solemnes de la ostentosa corte de Sevilla.—Nacidos los infantes bastardos antes que él, fruto de los amores de don Alonso con doña Leonor de Guzman, les hizo creer su ambición que podían aspirar al trono, por la adulación que los cortesanos les dispensaban, y por el mayor cariño que les tenía el rey don Alonso.—Pero con la prematura muerte de este, se nublaron sus criminales esperanzas, y el pueblo de Sevilla, siempre fiel á sus legítimos reyes, luego que recibió la noticia de aquel natural suceso, no vaciló en alzar sus pendones por el joven don Pedro, proclamándole con entusiasmo *rey de Castilla*.

No pudiendo privarle los hermanos bastardos del derecho de herencia que, como á hijo legítimo, le concedían las leyes y la misma naturaleza, apelaron á las rebeliones para destronarle, conspirando siempre contra su persona. Sin embargo de esto, en los primeros años de su reinado mostró un genio bondadoso, clemente, muy generoso con sus enemigos; pero si reincidían se dejaba entrever en su fondo una tendencia á castigar los delitos con prontitud ejemplar, habida consideración á la gravedad de ellos.

Distiguía, no obstante, los delitos, y la crónica primera que escribió don Pedro Lopez de Ayala, manifiesta en el capítulo X del año primero de su reinado, la generosa indulgencia del rey don Pedro cuando perdonó benigno las primeras inquietudes que le movieron sus hermanos, recibéndolos despues con cordial afecto.—El capítulo XX del año segundo nos dice que perdonó



la segunda sublevación que escitaron inmediatamente, estimando en muy poco su anterior clemencia. Ella nos afirma también que perdonó los alborotos que le movieron en Gijón; la revolución de Canales; la rebelión para quitarle la corona y ponerla en la cabeza del infante don Pedro de Portugal; y últimamente, que cansado del burladero que le oponían los conspiradores eternos, hizo que su natural bondad se trocase en ira, y en ira cuyo pronto era difícil atajar.

Mucho se ha escrito en pro y en contra del reinado borrascoso de don Pedro, conocido por unos *el Cruel*, y por otros *el Justiciero*, pero como españoles amantes de las glorias de nuestra patria, hemos llegado á formar un juicio exacto de este hombre que tantas páginas ocupa en la historia.

Algunos cronistas españoles han manchado la vida pública y privada de don Pedro, respecto de los amores con doña María de Padilla, considerándole muy inclinado por la torpeza de su vicio. Seguramente es el mayor lunar que empaña su diadema. Pero ¿puede reputarse un crimen, en la esfera de la vida privada, este hecho? Naturalmente se deja conocer que un joven en la fogosidad de su pasión, ilustrado en aquel tiempo de ignorancia, valiente y de alma grande, había de tener un objeto en el cual depositase su cariño, ya que su familia le era contraria. — No podrá, pues, acusarse á don Pedro de que no fué constante con la sagaz doña María Padilla, á la que quiso con ceguedad, y á la que no dejó hasta elevarla al grado de reina, reconocida por tal sobre los santos evangelios por las cortes de Sevilla, y dispensándola los honores de reina, puesto que se la enterró con corona real.

Los que no han sido escasos en prodigar á don Pedro denuestos y feos dictados, fueron los cronistas franceses: ellos dicen que se entregó á todo género de disoluciones, que codiciaba voraz las señoras mas recatadas, que pretendió violar el tálamo nupcial de los caballeros de su guardia, que duplicó los matrimonios; y ellos en fin dijeron, que tantas iniquidades nefandas no podían caber sino en un corazón compuesto de la imagen del Neron romano; siendo un delito recordar la memoria de este príncipe, á no ser para escitar contra él la abominación. En los cronistas franceses no debe extrañarse esta filípica contra el rey castellano, pues tenían que dorar con estos escritos la traición mas escandalosa que describen las historias antiguas y modernas, cometida por su paisano el bandido Beltrán Clacuin...

Hemos dicho que el desgraciado don Pedro, blanco de sus hermanos bastardos que ambicionaban la corona, empezó á reinar al cumplir precisamente quince años. — Desde que pisó la primera grada del trono, ciñendo sus sienes la diadema de Castilla, empezaron á hervir las intrigas y los atentados contra su persona. Justo es, pues, vindicar sus actos tan exagerados por escritores parciales, mudando la opinión desfavorable que le dá el sobrenombre de *Cruel*.

## II.

Dos grandes partidos, llenos de rencor el uno contra el otro, aquejaban la corte sevillana á los pocos días de la exaltación del príncipe don Pedro al trono, porque los infantes bastardos, unidos con su madre doña Leonor de Guzmán, dama que fué del rey muerto, no había resorte que no tocasen ni medio que no dejaran de poner en juego para conseguir su destronamiento. Desgraciado este príncipe, porque su padre amaba con mas ternura á los hijos bastardos, vivía retirado y oscuro, divirtiéndose en pescar sin obstentación de ningún género, y al cuidado inmediato de su madre la reina doña María. — Bajo la dirección de su ayo, don Juan Alonso de Alburquerque, fué

creciendo despuntando desde niño por su comprensión adelantada, y por la generosidad caballeresca y valiente que dominaba en el siglo XIII. — Parecía natural que á su advenimiento al trono estuviera resentido del olvido con que se le había criado por parte de sus hermanos, y mas aun de las acciones villanas de los cortesanos; pero lejos de esto, su corazón era noble y no abrigaba rencillas, no cabían en él sino ideas grandes y atrevidas muy propias de la edad temprana.

Recibida que fué en Sevilla la noticia oficial de la muerte de su padre Alonso XI, se verificó la proclamación y jura del rey don Pedro con toda la pompa y solemnidad que en semejantes casos se acostumbra; y la generalidad del pueblo sevillano, tomando una parte muy activa en los festejos públicos, por la estimación que se había grangeado cuando era príncipe, esperaba una era feliz y un porvenir lisonjero para Castilla.

Por desgracia no fué así, porque á los dos meses de encontrarse rigiendo la nave del estado, se rebelaron en la plaza de Medina Sidonia muchos maestros y señores territoriales, unidos con los infantes bastardos. Esta revolución dió motivo para que al embajador don Martín Lopez de Córdoba, que pasó á Inglaterra á noticiar su advenimiento al trono, le diera las instrucciones que cita el conde de la Roca al folio 76 de su rey don Pedro defendido.

*Muy notorio es, le direis al monarca inglés, que ha quedado de muy corta edad al finar mi padre y señor: que mis hermanos bastardos don Enrique, don Tello y don Fadrique, tienen mas años que yo; y que si bien estos me debieran guardar y aconsejar, no lo hacen. Por el contrario, cuidando desheredarme, se juntan contra mí en Medina Sidonia poniéndome en mal con los ricos-homes y con mis ciudades y concejos.*

Un corazón de acero, acostumbrado á las privaciones desde la niñez, y que apreciaba poco la vida, no le importó nada el grito de alarma lanzado á todo el reino desde las almenas de Medina, porque lo justo de su causa le tenía tranquilo. Sin embargo, creyó muy grave la osadía de la rebelión y con serenidad admirable en sus pocos años convocó un consejo, llamando á todos los magistrados y dignatarios que rodeaban el trono legítimo. Sentado, pues, en medio de la asamblea y revestido de las insignias reales, les habló de esta manera:

— Triste cosa es para un monarca, les dijo, tener que combatir la ingratitud de sus vasallos desleales. La rebelión, señores, que se proclama contra mi persona quedará muy pronto hundida con las murallas de Medina; y plegue el cielo que sea la última para que jamás se turbe el sosiego de mis pueblos. Desde aquí me voy á sofocarla, ¡vive Dios! y durante mi ausencia os encomiendo la recta administración de justicia. Vosotros responderéis á Dios y á mí de este mandato, y mientras tanto os deseo salud y gracia.

Los gritos entusiasmados de *viva el rey don Pedro!* resonaron por las bóvedas del salón al concluir su breve arenga, y la flor de la juventud sevillana se ofreció acompañar en la expedición al nuevo monarca.

Dispuestos los escuadrones de lanceros y los tercios de infantería, partió al campo enemigo al frente de sus tropas, mandando las galeras el capitán Gutierrez de Toledo. No bien se puso delante de la plaza cuando el pueblo empezó á gritar por las calles, *Castilla, Castilla por el rey don Pedro*. Y temerosos los infantes de un suceso contrario á sus deseos, tuvieron que desamparar la plaza aprovechando la oscuridad de la noche, retirándose á la fortaleza de Moron que estaba por los revoltosos el maestro de Alcántara don Fernán Perez Ponce. Uno de los que mas figuraron en esta rebelión fué don Alonso Fernandez Coronel, hombre de grande autoridad en Andalucía y poseedor de la fortaleza de Aguilár, el cual, estrechado por las tropas reales, tuvo que emigrar á Portugal;



y dice con este motivo el historiador *Mariana*, que su muger, doña María Coronel, no pudiendo sufrir la ausencia de su marido, antes que quebrantar la virtud de la castidad, se quemó con un tizon ardiendo; fundando esta heroína, después de la muerte de Coronel, el convento de Santa Inés de Sevilla el año 1574 en donde fué enterrada, y de donde se acaba de sacar su cuerpo-momia en 1816 a los cuatrocientos setenta y dos años de su muerte.

Como la cabeza principal de este movimiento era doña Leonor de Guzman, que en su natural orgullo no podía ver pospuestos sus hijos al que el cielo había preferido para reinar, la arrestaron en la cárcel real, conduciéndola con buena guardia a Sevilla. En su reclusión hicieron una avenencia por la cual perdonó generosamente don Pedro la primera rebelión de sus hermanos bastardos, y llevados estos de la necesidad fueron también a prestar obediencia a su rey, quien los recibió con familiar cariño llenándoles de mercedes y de gracias.

Una grave enfermedad puso al rey don Pedro al borde del sepulcro en el primer año de su reinado, en términos, que este incidente dió nuevo aliento a los conspiradores para concebir esperanzas, por que todos se creían con derecho a sucederle. Por fortuna se mejoró a los pocos días y cesaron las ambiciones como era consiguiente, no teniendo otro resultado aquella novedad que saber después el rey los nobles que le eran contrarios.

Cualquiera hubiera creído que tanta clemencia en las primeras acciones de un rey joven, que perdonó y honró a los que se habían alborotado contra su persona, sin haberles ofendido en nada, debería haber sosegado aquellos ánimos inquietos; mas no sucedió así, porque como la llama ambiciosa ardía en el corazón de los infantes, volvió muy pronto a encenderse. El rey, que deseaba con avidez la paz, condescendió en la pretension del conde don Enrique y sus dos hermanos, dando licencia para que visitasen todos los días a su madre en la reclusión; pero esta señora, mal avenida con la nulidad en que la puso la muerte de don Alonso XI, su amante, fomentaba en secreto de día en día las turbaciones de la corte. Hizo, pues, que se casase su hijo don Enrique con doña Juana Manuel, señora de Villena, cuya belleza tenía enamorado a don Pedro, y este matrimonio clandestino, hecho sin otra mira que por despreñar al monarca, ocasionó la desgracia de Castilla, pues herido el amor propio del rey le trocaron, de un genio apacible y generoso, en un genio colérico, receloso de todos, justiciero é inexorable.

### III.

Quebrantada por medio de la intriga cortesana la ilusión que concibiera el príncipe don Pedro en el primer hervor de la vida, creyó que no había felicidad en el mundo para él; y así fué que, de un rey benéfico y un buen esposo que hubiera sido con aquella señora, se estravió después con los amores de doña María Padilla que tantos disturbios trajeron al reino. Empezó por convertirse en un justiciero, poniendo a raya los grandes. Y dice el historiador *Marianz*, respecto de este particular, en el capítulo XV, tomo IX, *que era tal la destemplanza de aquellos, que mirando con mengua lo justo, no seguían mas que su apetito y ambicion desenfrenada, obligando esto al rey á no dejar sin castigo sus excesos.*

Semejante proceder de la nobleza, unido al disgusto que le causaba el suceso de doña Juana, hizo que mirase mal á sus hermanos bastardos, y estuviera siempre en guardia contra los grandes, decidiéndose por los plebeyos en quienes encontraba popularidad. Tal resolución le atrajo nueva odiosidad; pero habiendo sabido la nueva conjuración que se tramaba, mandó agravar la prision de

doña Leonor, trasladándola al castillo de Carmona, y desde allí al alcázar de Talavera. Temerosos los hermanos bastardos de la indignación de don Pedro, huyeron enmascarados á revolver otra vez los estados. Don Tello se vino con muchos grandes á los confines de Aragon, y en su tránsito robó las rentas reales que conducía una recaudadora desde Burgos á la ciudad de Alcalá de Henares; don Don Fadrique con otros señores que le acompañaban volaron al maestrazgo de Santiago; y don Enrique se fué con otros á sublevar las Asturias.

Tanta osadía y tanto atrevimiento de parte de los conspiradores, alteraron como era consiguiente la paciencia del rey; mas no por esto desmayó un punto su valor. Hizo sus aprestos de guerra, y puesto al frente de sus tropas, marchó como el rayo al principado de Asturias, en donde había levantado su bandera el conde don Enrique, poniendo su cuartel en la fortaleza de Gijón.

Ausente don Pedro de la corte, no pudo reprimir por mas tiempo la reina madre, la saña mugeril. Mandó, pues, sin intervencion de su hijo, que se quitase la vida a doña Leonor de Guzman, que estaba presa en el alcázar de Talavera, en venganza de los agravios que le habia hecho en el talamo nupcial; y este hecho, que lo tienen algunos cronistas como el primer ensayo de la fiereza de don Pedro, se debió esclusivamente á la reina madre, como lo esplica la crónica abreviada de Lopez Ayala en el capítulo III, año II, que dice así:

*E donde á pocos dias de la salida del rey don Pedro envió la reina doña Maria su madre, un su escribano, que le decian Alfonso Fernandez Olmedo, é por su mandado mató á doña Leonor de Guzman, madre del conde don Enrique.*

De este notable suceso, porque la villa era de señorío de la reina, se llamó vulgarmente *Talavera de la Reina*; nombre que hoy conserva. Queda, pues, probado que ninguna culpa tuvo don Pedro en la muerte de doña Leonor; ni era posible que un príncipe joven, tan noble y generoso, abriese el camino á su cólera por la fragilidad de una señora rendida por su propio sexo.

Mientras que el rey don Pedro marchaba sobre Gijón se dividió la monarquía en varios bandos. Unos sostenían que la corona pertenecía al infante don Fernando de Aragon: otros se decidieron por don Enrique, conde de Trastámara, y otros proclamaron á don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, como descendiente del linaje de la Cerda. El caballero Lara, sin poder sujetar la altivez de su genio, se retiró á la ciudad de Burgos donde tenía fortalezas, y cuando empezaba á conspirar aliándose con muchos inquietos, murió repentinamente dejando no obstante sembradas las ideas de agitación.

Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla, se puso á la cabeza del movimiento por los Laras mandando varias compañías de caballeros y plebeyos. Para levantar la gente en el célebre motin de Burgos, tomó por pretexto la resistencia que debía hacer el pueblo al pago de la alcabala, cuya contribucion estaba reclamando un diputado del rey, para subvenir á los gastos de la guerra: concitó al pueblo diciéndoles, que la exaccion del impuesto era una medida del valido don Juan Alburquerque, á quien odiaba, y atropellando en el desorden todos los derechos sociales quitaron la vida inhumanamente al diputado.

Viendo el rey don Pedro que la justicia no habia obrado contra los agresores de tanta alevosía y tanta maldad, determinó ir en persona á castigar egemplarmente un hecho tan grave. Luego que supieron los de Burgos la próxima llegada del monarca, le enviaron diputados á Celada proponiéndole que no entrase tropas en la ciudad, y separase de su lado el privado don Juan. Despreciando el valiente don Pedro la mision de los pronunciados, continuó silencioso su marcha y cuando entró en Torrijos, aldea muy cerca de Burgos, encontró á Garcilaso al frente de los de su bando, muy armado y sin tributar el respeto debido





á la magestad. Altamente enojado don Pedro por esta osadía mandó callar á los capitanes de su escolta, en la disputa que se trabó montados á caballo entre los que acompañaban al rey y los que mandaba Garcilaso, apartando unos de otros para que no vinieran á las manos. Formadas las tropas á la voz de don Pedro entraron juntas en Burgos pero llamado consejo para juzgar los escándalos inmediatamente, fué condenado á muerte Garcilaso porque había levantado compañías para hostilizar al rey, cuya sentencia se ejecutó dentro del mismo palacio, arrojando su cuerpo por un balcón cuando pasaban los toros por la calle. Esta mala acción, que también se atribuye á don Pedro, la mandó ejecutar Albuquerque, sin que el rey hiciera otra cosa en este asunto, que aprobar lo que el consejo había fallado para escarmiento de los revoltosos.

Por el desenlace que tuvo el motin de Burgos trató de poner en salvo al hijo de Lara que, como señor entonces de Vizcaya, servía de bandera á los descontentos. Hallando doña Mencía con él, fijó su esperanza en la fidelidad de los vizcainos; pero no desmayó por esto el rey don Pedro, y saliendo en su seguimiento concibió el proyecto de apoderarse con las armas de su señorío; y en efecto con la muerte del niño Lara, quedó incorporado á la corona de Castilla, el año de 1351, todo el señorío de Vizcaya.

Así los asuntos políticos de Castilla, ni fueron suficientes las cartas amistosas de don Pedro á sus hermanos bastardos, para que depusieran las armas, ni pudo conseguir sosegar el país incendiado ya por los conspiradores. La conveniencia pública aconsejaba, como una necesidad para cortar de raíz las sublevaciones, el casamiento de don Pedro. El canciller mayor y el caballero Albuquerque lo hicieron así presente á la reina doña María, y aprobada la idea en consejo, se nombraron embajadores para pedir la mano de la princesa doña Blanca.

Antes de que pudiera realizarse el matrimonio, redoblaron los conspiradores su intento de destronar á don Pedro, pero este que nunca desmayaba, partió con sus tropas en enero de 1352 á castigar el movimiento de Asturias, que era el mas peligroso porque continuaba el conde don Enrique en la fortaleza de Gijón. Ni una saeta fué necesario disparar en toda la marcha, y á su llegada capitularon los sublevados, á condicion de que se les perdonase las vidas usando de la clemencia real; capitulación que fué honrosamente observada por don Pedro, trayéndose en su compañía al infante don Enrique.

#### IV.

Cuando regresaba victorioso el rey don Pedro, descansó quince días en la villa de Sahagún, en casa de su privado don Juan Albuquerque. Allí vió por primera vez á doña María Padilla, doncella muy hermosa, que estaba acompañando á su tía doña Isabel de Meneses, y como le enamorase su prudente honestidad no vaciló un momento en casarse de secreto, herido como estaba del suceso ocurrido en sus primeros amores con doña Juana Manuel. El amor vehemente que despertó en su fogoso corazón la presencia de esta ilustre dama, hizo que no reparase en las consecuencias futuras, y que se olvidase enteramente de la presunta esposa doña Blanca, en camino ya para Valladolid. Vino don Pedro con sus tropas á sitiár el castillo de Cabezón, que todavía ondeaba en sus almenas el pabellón rebelde. En este sitio fue donde ocurrió un lance histórico que prueba hasta la evidencia su carácter justiciero.

Martínez de Toledo, arcediano de Talavera y capellán de don Juan II, refiere en su *Atalaya de las crónicas* el hecho siguiente. Teniendo el rey en el último apuro

á los sitiados del castillo de Cabezón, se sublevaron diez escuderos del alcaide que la defendía, amenazándole desamparar la fortaleza si no les entregaba su mujer y una hija para violarlas. Preciso el alcaide á consentir con la dura pretension de los sublevados, por no faltar á la confianza que había depositado en él don Enrique y por no verse espuesto á la justicia del rey, á quien había hecho traición desertando de sus banderas, llegó á noticia de don Pedro esta acción villana por dos escuderos que pudieron descollarse de la muralla. Y jurando vengar este agravio, le mandó al día siguiente un parlamento concebido en estos términos:

«Alcaide, te considero un caballero y un fiel vasallo á la causa de mi hermano el infante don Enrique el bastardo. Debes por tanto confiar en mi palabra real, y exijo de tí que me envíes esos hombres protervos para ejecutar en ellos el merecido castigo á su infamia.»

«Señor, le contestó, los remitiría gustoso; pero bien conoceis en vuestro elevado sentimiento, cuanto habrá padecido mi alma para otorgar una exigencia tan dura. Me gozaría seguramente en ver revolver sus cuerpos mutilados, porque la ofensa á mi honor y el borron con que han manchado mi linaje, no tiene reparacion. Si os entrego, pues, los defensores de esta fortaleza ¿con qué cuento? ¿Qué he de decir á su señor don Enrique que la confió á mi valor?»

«Te ordeno, á fé de monarca castellano, que me los envíes; y para que sigas adelante tu defensa, ahí van otros diez hijos-dalgo de los míos, juramentados para pelear con nobleza en tu favor.»

El alcaide los remitió en efecto al campo de don Pedro, habiendo dado entrada la noche antes al nuevo refuerzo por la puerta secreta del castillo. Y presentado el rey delante de aquellos desgraciados, montado á caballo.

—Vosotros, les dijo, habeis cumplido mal con el deber de fiel pechero y buen vasallo: habeis abusado de lo mas sagrado entregandoos á la pasión sensual ¡desdichados! Pronto vais á experimentar el rigor de mi justicia, porque tanta maldad no cabe en pecho castellano.

Inclinada la rodilla, con la cabeza baja, por la vergüenza que su mala acción les recordara

—¡Señor! esclamaron á una voz, ¡perdon!... perdon!...

—No hay perdon para hombres tan viles como vosotros. Mirad al alcaide, cuyo honor defiende yo, y decidme si tendria límites en caso igual vuestra venganza.

Corrió al galope, dió las órdenes convenientes, y, antes de dos horas, ya estaban descuartizados los diez escuderos, entregando sus cuerpos al fuego y aventadas las cenizas para eterno olvido de su infamia.

Castigo tan ejemplar, ejecutado precisamente á la vista del castillo, no pudo menos de mostrar su gratitud el alcaide, enarbolando al día siguiente la bandera blanca y jurando obediencia á su rey, que siempre le acompañó en todas las campañas.

Infatigable don Pedro en la guerra, luego que rindió el castillo de Cabezón, se dirigió con sus tropas á castigar la rebelion de la villa de Aguilar, y en el mes de febrero de 1353, tomó la fortaleza por asalto mandando que se dismantelase. Hizo seis justicias en los principales motores concediendo despues un perdon general al pueblo, pero en castigo de su infidelidad, ordenó pudiese su primitivo nombre y se le llamase en adelante *Monte Real*.

Otros muchos hechos de la vida de este monarca refieren las crónicas que dan una cabal idea de su carácter; pero sería molestar á los lectores, si hubiéramos de narrar uno por uno, y por esta razon nos limitaremos á probar su inclinacion á hacer justicia seca, cuando la vindicta pública así lo exigía. Delante del castillo de Cabezón vengó la injuria cometida contra el honor de un traidor, sin reparar en esta circunstancia, y dió al reino una prueba de su imparcialidad en administrarla.

Vencidos los sublevados en todas partes, y apacigua-



dos los ánimos inquietos, regresó victorioso á Sevilla llevando siempre en su compañía á la prudente doña Maria Padilla, que tanto cariño habia sabido conquistar de aquel corazón duro, pero generoso. Recibida la noticia en mayo de 1555 de la entrada en Valladolid de la princesa doña Blanca, todos le aconsejaron que era una necesidad política realizar la boda contratada con Francia. El rey don Pedro, sin embargo, le repugnaba separarse de los amores de la ilustre dama á quien tanto apreciaba. Sus lágrimas abrían una sima de desgracias á la infeliz doña Blanca. Luchando por fin entre los deberes que tenia como hombre privado y como monarca, se decidió por cumplir con la ratificación de los desposorios reales, por que se habia ya dado cuenta á las córtes. Fué el rey á Valladolid, no sin gran repugnancia, y allí dió por segunda vez la mano de amigos á sus hermanos bastardos, echando un velo á lo pasado y deseando vivamente la reconciliación mutua entre todos sus vasallos.

En la mañana del 5 de junio de 1555 se celebró la boda sin grande aparato; pero don Pedro se encontraba muy triste y pensativo, acordándose de doña Maria Padilla que se la habia dejado en el castillo de Montalvan. No habian mediado los tres dias de festejos públicos, cuando concibió el proyecto de fugarse, y como lo pensó así lo hizo. En la noche del 5 montó á caballo y se marchó á Montalvan. Tan rápida desaparición produjo la novedad que es consiguiente: los infantes y todos los grandes corrieron tras él; pero nada fué bastante á convencerle. Extraño á los ruegos de su madre, y sordo á las súplicas que se le dirigieron para que volviese á Valladolid, pudieron mas en la lucha los razonamientos amorosos de doña Maria Padilla. En Toledo supo que se conspiraba de nuevo, para que se reuniese por medio de la violencia con la princesa doña Blanca; y que su privado Alburquerque dirigia este plan, lo cual le atrajo la odiosidad de doña Maria Padilla y por consiguiente la caída de su gracia.

Cediendo por último á las amonestaciones de los grandes volvió don Pedro á Valladolid á reunirse con doña Blanca: solo estuvo dos dias; mas viendo su indiferencia con la reina hubo sospechas temerarias de que el desvío nacia de la infidelidad de su hermano don Fadrique. Desde aqui pasó á la villa de Olmedo, á donde mandó venir á doña Maria Padilla, sin acordarse mas de la reina doña Blanca marchando en seguida á Sevilla.

Un divorcio tan ruidoso, sin haber llegado á consumar el matrimonio, abrió otro campo á los descontentos que conspiraban sin cesar contra el rey don Pedro. Levantaron la nueva bandera, prestando defender la causa de la reina doña Blanca, cuya señora vivia retirada en Medina del Campo. Supo el rey la tela que se tramaba y con el objeto de precaver males, cortando á tiempo la conjuración, mandó que trasladasen la reina á la villa de Arévalo, comunicada y bajo la guardia del obispo de Segovia, don Tello Palomeque: dió la copa á don Alvaro Albornoz, la escudilla á don Pedro de Mendoza, é hizo su camarero mayor á don Diego Garcia Padilla, hermano de su amante.

Tranquilo el rey en Sevilla recibia afectuoso los homenajes de los grandes, y las lisonjas dirigidas á su amante doña Maria Padilla.—No duró mucho tiempo la paz por que en octubre de 1555 algunos de los grandes de Castilla, aliados con la reina madre y los infantes bastardos, promovieron la revolucion de Toro, Cuenca, Toledo y Valladolid al grito de: *Viva la reina doña Blanca!*

Entonces fué cuando, desnudándose don Pedro de la clemencia, juró no envainar la espada hasta conseguir el completo esterminio de los conspiradores. Un delirio, una locura completa, embargó los sentidos de aquel jóven, pero desgraciado monarca castellano; siendo de notar que por igual razón, esto es, por la pasión del amor, eran

también desgraciados los portugueses á la vez con su rey don Pedro, voraz en vengar la sangre inocente de su amante doña Inés de Castro.

## V.

Coligados los tres hermanos bastardos con la reina madre doña Maria, el privado Alburquerque y los infantes de Aragon don Juan y don Fernando, pudieron reunir doce mil hombres, entre ellos seis mil de caballería, y con fuerzas cuádruples de las que traia el rey don Pedro le obligaron á encerrarse en Tordesillas. El pretexto que tomaron para esta nueva conjuración, fué, reponer á doña Blanca en el lugar que le correspondia, alejando de su lado á todos los Padillas. La preponderancia de los de la liga era tal, que don Pedro, con objeto de atajar el mal en mayor altura, hubo de acceder á una transacción que se estipuló en la ciudad de Toro; y ciertamente se deja inferir que habrían sacado mucho partido de aquella avenencia, si los de la coalición hubieran obrado con cordura. Pero no pudiendo reprimir su venganza empezaron por aislar completamente al rey, exonerando á los Padillas de todos los cargos públicos que obtenian por gracia del mismo. Llegó á mas la imprudencia: prendieron en su cámara á los criados de su mayor confianza, y únicamente le permitian salir á caza rodeado de centinelas de vista; de modo que tantas humillaciones no era posible en su natural altivez que las sufriese por muchos dias.

Así fué que, aprovechando un día la niebla que cubria la atmósfera, se escapó con unos cuantos caballeros dirigiéndose á Segovia. Desde allí pasó á Burgos y convocando las córtes del reino en el mes de diciembre de 1555, manifestó á los próceres y á los procuradores de las ciudades el desacato cometido por los grandes contra su persona, y la necesidad de castigarle á todo trance.—Hizo el monarca liga con el pueblo, pidió auxilios para levantar un ejército, y, concedido el servicio extraordinario, despidió las córtes y marchó el rey sobre Toro. Aqui fué rechazado por los conjurados, y creyendo mas importante apoderarse de Toledo, puesto que estaba allí doña Blanca, volvió su ejército contra aquella ciudad á donde también corrieron los bastardos, la cual fué tomada por asalto despues de una gran carnicería.

Mas de veinte y dos justicias mandó hacer el rey entre la gente pronunciada. Doña Blanca fué conducida al castillo de Sigüenza: don Enrique Trastámara y su hermano, se volvieron derrotados á Toro; pero forzados á abrir las puertas al intrépido don Pedro, que corrió tras ellos, huyó el primero á Galicia: la reina madre emigró á Portugal al lado de su hermano, y fué tal el terror que hicieron cundir las ejecuciones, que todos los pronunciados depusieron las armas acogiéndose á la clemencia soberana.

Todo el reino quedó en paz por entonces, mas á poco tiempo se enfriaron las relaciones amistosas con el rey de Aragon, de resultas de un atropello hecho por el capitán aragonés, Francisco Perellós, á varias naves castellanas que estaban en el puerto de Sanlúcar de Barrameda. Hechas las reclamaciones debidas de monarca á monarca, fué vana la esperanza de restablecer la armonía entre ambos reinos. Don Pedro, viendo que el aragonés llamó á su lado por medio de la intriga al conde don Enrique y los demás descontentos de Castilla, declaró la guerra. En la primera campaña desbarató á los contrarios cuantas veces se le presentaron, tomó el castillo de Ariza, Calatayud y amenazó invadir á Zaragoza.

En esta situación ventajosa se encontraba don Pedro cuando, por las continuas asechanzas que le oponian los grandes, empezó á recelar de la invasión que hacia en



sus estados el rey Bermejo de Granada, conocido por Aben-Atamar, aprovechándose de la distancia de las tropas castellanas. Por acudir al mayor peligro se vió obligado á hacer la paz con Aragon, en la cual intervino un legado del papa; pero poniendo por única condicion que se extrañasen del reino á don Enrique Trastámara y todos sus partidarios.

Volvió don Pedro á Sevilla con sus tropas victoriosas; allí supo por confidencias ciertas los nuevos trastornos que amagaban á su trono, y resuelto á castigar sin piedad los traidores que le promovian continuas revueltas, mandó trasladar al castillo de Medina Sidonia á la reina doña Blanca. Empezó por inmolár á los principales gefes de la sedicion para escarmiento de los demas, y entre ellos, cupo la muerte desgraciada á su hermano don Fadrique, muerto por los ballesteros de maza en el patio del palacio de Sevilla. Casi aun mismo tiempo fué decapitado en Bilbao el infante de Aragon don Juan.

Apoderado de la persona del rey Bermejo de Granada, que quiso venderle despues amistad, juntó el consejo de Sevilla para juzgarle por la mala accion y por los males que atrajo á los pueblos su invasion injusta. Los letrados opinaron que *no erraba en cosa alguna con el que le habia quebrantado su seguro, é pleito homenaje, é que así lo querian todos los derechos é leyes antiguas*. Por consiguiente que no pudiendo conservar fe y palabra con aquellos que no la conocian ni la guardaban, se le condenase á muerte y que esta fuese á cañazos. Sin embargo, el rey don Pedro, para hacerla menos sensible é injuriosa, la conmutó en golpe de lanza, aun cuando dice la crónica en el capítulo VI, que salió al suplicio montado en un asno y vestido de una saya de escarlata que él tenia.

Con tales ejecuciones se exaltaron de nuevo los ánimos y se volvió á encender la guerra de Aragon. Hizo publicar don Pedro la declaracion de *rebeldes* á sus hermanos bastardos y al infante don Sancho de Aragon. Furioso don Enrique entró en Castilla con setecientos caballos, teniendo el primer encuentro con los capitanes de don Pedro en los campos de Araviana (de infausta memoria por la muerte de los siete infantes de Lara) en donde en poco tiempo quedaron tendidos mas de trescientos cadáveres, entre ellos el favorito del rey don Juan Hínestrosa.

El fallecimiento, por fin, de doña Maria Padilla ocurrido á mediados del año 1561, vino á sumir á don Pedro en una desesperacion tal, que solo se ocupó por entonces de su profundo dolor. Creyeron algunos que era la ocasion oportuna de unirlo con su esposa doña Blanca; pero sordo á estos clamores fué motivo para que, llevado de su locura, le mandara dar muerte en el castillo de Medina Sidonia por medio de un tóxico; y esto lo hizo con la mira de hundir para siempre la bandera de los conspiradores, que no le dejaban de día ni de noche, y se valieron para alucinar al vulgo ignorante hasta delas profecias de un pastor, amenazándole con la justicia divina sino se unia á doña Blanca. Y dice la historia que conociendo el rey que era una farsa de partido, le tiró la lanza por constestacion á su demanda.

La desastrosa muerte de doña Blanca atrajo la odiosidad de la Francia contra don Pedro. Nada le importó por entonces el resentimiento del vecino reino; pero sin embargo, llamó las córtés del reino á Sevilla y ante ellas declaró la legitimidad de su matrimonio con doña Maria Padilla, é hizo por consiguiente que fueran reconocidos herederos al trono á sus hijos don Alonso, doña Beatriz, doña Constanza, y doña Isabel.

Concluido este asunto, é infatigable el rey don Pedro, reunió un nuevo ejército y marchó contra el Aragon por que era el cuartel general de los conspiradores. Sin detenerse y venciendo cuantos obstáculos se le presentaban, volvió á tomar los pueblos de Ariza, Ateca, Alhama

y Calatayud, en cuyo cerco batjó en batalla campal las fuerzas aragonesas al mando del conde de Osona. En medio de este afan por la conquista recibió la noticia del fallecimiento de su hijo, quedando nubladas todas sus esperanzas, y obligándole este desgraciado acontecimiento á regresar á Sevilla para ordenar la sucesion.

Entonces fué cuando viéndose tan apurado el rey de Aragon hizo alianza secreta con don Enrique, estipulando este como precio de ella, que habia de favorecer sus pretensiones al solio castellano. Convenidos mutuamente se unió don Enrique al ejército aragonés con mil quinientos caballos. No creyéndose muy seguro de la victoria, por el miedo que imponia el valor personal de don Pedro, marchó á Francia á reclutar gente, y auxiliado con dinero por el gobierno de esta potencia, tomó á sueldo las *compañías blancas* que vivaqueaban por el pais al mando de Beltran Du-Guesclin, conocido vulgarmente en España por *Beltran Claquin*. Entró, pues, el conde don Enrique con este tropel de gentes extranjeras y á su sombra se le reunieron todos los descontentos, invadiendo Castilla y apoderándose de Calahorra sin resistencia alguna. Puesto su cuartel en esta ciudad reunió consejo de generales, y animado por el dictámen de Claquin se hizo proclamar por primera vez *rey de Castilla*, despojando á su hermano de la corona.

Encerrado el rey don Pedro en Burgos con tres mil hombres que le acompañaban, no se atrevió á emprender cosa alguna contra fuerzas triplicadas, por temor á las defecciones y por recelo á una traicion nueva. En el peligro de su situacion desventajosa decidió marcharse á Sevilla, relevando antes del juramento de fidelidad á los ciudadanos, que abrieron en seguida las puertas al usurpador. Creyendo don Enrique que era el momento de apropiarse enteramente de la dignidad real, porque era dueño de Castilla la Vieja, se hizo coronar con toda pompa y solemnidad en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

## VI.

La novedad del nuevo monarca proclamado, y las muchas gracias y donaciones de señoríos que prodigó á manos llenas entre sus partidarios, conocidas, aun en el día, por las *mercedes Enriqueñas* que poseen muchas casas llenas de blasones, hicieron un gran partido á don Enrique y le llevaron de triunfo en triunfo, y de victoria en victoria hasta tomar á Toledo, Córdoba y Sevilla sin resistencia alguna. Por todas partes resonaban los gritos y la algazara por el nuevo monarca, y el rey don Pedro tuvo que emigrar á Portugal con su familia y los súbditos fieles que le juraron lealtad. A tal punto llegó por entonces su desgracia que el rey don Pedro se vió espulsado de allí, porque el soberano del vecino reino le negó tambien el asilo que concede la hospitalidad.

Cualquiera alma pequeña se hubiera amilanado por tanto desengaño, pero el infeliz don Pedro se marchó á Galicia en donde fué recibido muy favorablemente por don Fernando de Castro, reuniendo en pocos dias una division de dos mil infantes y novecientas lanzas. No juzgando prudente aventurar su causa con tan escasas fuerzas partió á Bayona, en donde á la sazón se encontraba el príncipe de Gales, con el fin de implorar su proteccion y amparo, el cual, considerando muy propio de hidalgos sentimientos ayudar á un rey desgraciado por la rebelion de su hermano bastardo, juró no dejar las armas hasta colocar otra vez á don Pedro en el trono de Castilla. Armas, dinero, tropas y cuanto fué necesario se le facilitaron inmediatamente por el monarca inglés; de modo que unidos los esfuerzos del príncipe de Gales con los de Castro en Galicia, y los partidarios diseminados en el interior del reino, reunió don Pedro en dos



meses un ejército numeroso que hizo vacilar en su inseguro trono al usurpador don Enrique.

Luego que revasó el ejército de don Pedro la frontera de Navarra, empezaron á pronunciarse los pueblos de Castilla en su favor, temiendo el rigor de la justicia, y abandonando á don Enrique con la misma presteza que antes se habían declarado por él. Sin embargo, tratando éste de aparentar una confianza que no tenía, hizo reunir en Burgos cuatro mil quinientos caballos con que le habían auxiliado la Francia y Aragon, y saliendo en busca de su competidor se encontraron ambos ejércitos en las inmediaciones de Najera. Precisamente en las márgenes del río Hamado Najerilla se travó la mas furiosa batalla que vieron jamás aquellos campos. El arma blanca de la hermosa caballería de don Pedro y su lanza victoriosa, siempre la primera en el combate, no tardó mucho tiempo en decidir la accion. Abandonado, pues, don Enrique por parte de los suyos y por su mismo hermano don Tello, tuvo por precision que sucumbir, huyendo derrotado y casi solo á guarecerse en Francia con su corona hecha pedazos.

Puesto ya otra vez don Pedro en el trono de Castilla, lejos de desplegar elemencia con los traidores, se mostró inexorable en su justicia. Castigó severamente á los principales rebeldes que cayeron prisioneros, y de este proceder se aprovechó otra vez don Enrique, concitando en su emigracion las voluntades por haberse declarado vengador de la desgraciada doña Blanca. Pudo conseguir á poca costa que se interesase en su favor el rey de Francia, el conde de Fox y el duque de Anjou por la rivalidad en las influencias de Castilla que había entre las dos naciones de Inglaterra y Francia. Don Enrique juntó un pequeño ejército enganchado en el extranjero, que fué aumentándose por los castellanos que huían temiendo los rigores del justiciero don Pedro. Un incidente imprevisto contribuyó mas y mas á complicar la situacion, y fué, que resistiéndose don Pedro á entregar al príncipe de Gales el señorío de Vizcaya que le reclamaba por su servicio, descontento este, se marchó con sus tropas auxiliares á Inglaterra, dejándole solo en la nueva campaña que se preparaba, y prefiriendo este valiente monarca sucumbir primero en la demanda que desmembrar un palmo de terreno de sus estados. ¡Accion grande que le hace mucho honor á don Pedro, y que prueba con evidencia su corazon contra exigencias injustas!

Don Enrique que acechaba con gran cuidado la ocasion de aprovecharse de los disturbios interiores, creyó debilitado el partido del rey con la separacion de las tropas del príncipe de Gales. Reunió su gente compuesta de las compañías de bandidos de diferentes naciones que habían quedado vivaqueando por el pais del Languedoc, de resultas de la paz firmada entre el rey Eduardo de Inglaterra y Juan de Francia: pasó los Pirineos y atravesando con velocidad el valle de Andorra y todo el Aragon, llegó á las riberas del Ebro sin encontrar enemigos. Aqui fué donde dice la historia que conociendo los límites de la frontera de Castilla, mandó hacer alto á su ejército, se apeó tranquilamente del caballo y haciendo en tierra una cruz:

*Juro, dijo besándola, que nunca en mi vida, por necesidad que me venga, saldré de Castilla; antes esperaré ahí mi muerte ó estaré á la ventura que me viniere.*

Entusiasmadas sus tropas partieron para Calahorra, donde entraron el día 8 de mayo de 1368. Desde allí marchó á Burgos y fué recibido procesionalmente por la novedad que siempre causa á las gentes la vuelta de un emigrado victorioso en razon á que no se le oponia resistencia por parte del contrario. Leon se le entregó despues de una corta tregua; las principales ciudades de Asturias, Castilla y Andalucía le aclamaron segunda vez por soberano rindiéndole homenaje, menos la fiel Toledo que hizo una heroica defensa por su rey don Pedro rechazando á don Enrique por el puente de Alcántara con grande pérdida de los suyos.

La defensa de la importante plaza de Toledo hizo renacer en don Pedro la confianza, sin embargo de la defección de Córdoba y de lo poco que le servía el rey moro de Granada que le envió tropas de socorro. Se decidió por fin á aventurarlo todo en el éxito de una batalla; juntó sus tropas, compuestas en gran parte de moriscos, y partió de Sevilla para Montiel con el objeto de organizar sus fuerzas y adquirir noticias del enemigo; pero don Enrique, á quien no se ocultaba este movimiento, temeroso siempre de la audacia y del valor personal de don Pedro, juzgó que solo un golpe atrevido podría darle la victoria, e itando que se engrosasen las filas de su ejército. Dejó, pues, encargado el cerco de Toledo al arzobispo don Gomez Manrique, y con solo dos mil cuatrocientos caballos, por no retardarse con la infantería, y las seiscientas lanzas francesas que se le unieron en Orgaz al mando de Beltran Claquin, cayó impensadamente sobre el campamento del rey don Pedro, que abandonado cobardemente por las tropas moras de Granada, se vió obligado á meterse con sus fieles castellanos en el célebre castillo de Montiel.

Esta victoria inesperada que ganó don Enrique el 14 de marzo de 1369 fué la que decidió tan encarnizada lucha entre ambos hermanos, porque los pueblos todos de la monarquía se apresuraron á rendirle homenaje y proclamarle de nuevo por su rey y señor.

El desgraciado don Pedro, encerrado mientras tanto en los muros de Montiel, cuya vigilancia en el cerco era suma, se veía reducido á la mas cruel situacion, desprovisto hasta de los primeros artículos del mantenimiento y desconfiando de su vida por la traicion de algunos de los suyos, seducidos por el implacable enemigo que tenía al frente. No pensaba mas que en salir de aquel estrecho recinto. Hubo de valerse para ello de un tal Men Rodriguez de Sanabria, caballero muy leal, quien por haber militado con el gefe de las compañías francesas, Beltran Claquin, conservaba algunas relaciones amistosas con él. En esta confianza y deseoso de servir á su legitimo rey, no dudó Sanabria en pedir al francés una conferencia en su tienda. Le ofreció de parte de don Pedro los señoríos de Soria, Almazan, Monteagudo, Atienza, Deza y Moron con doscientas mil doblas de oro si protegía su fuga del castillo; pero creyendo el traidor Beltran Du-Gaesclin ó Claquin, que así le llamaban, que todavía podia esperar mas del conde don Enrique, le dió parte del suceso. No solo le ofreció este los mismos señoríos, si conseguia atraer á su hermano don Pedro á la tienda, sino que le declaró su sucesor en el condado de Trastámara por convenio firmado con sus amigos.

Con tal declaracion, no vaciló Claquin en llevar adelante la venta convenida del rey castellano: hizo creer á Sanabria que aceptaba la oferta; le previno que acudiese el rey don Pedro á su tienda precisamente al caer la noche del 23 de marzo de 1369, esto es, nueve dias despues de la dispersion de las tropas moras, ofreciéndole por ultimo su palabra de honor, y la seguridad de que desde la tienda seria conducido sigilosamente con escolta á un punto donde nada tendria que temer.

Muy ageno el infortunado rey don Pedro de la traicion del mal llamado caballero francés, se apresuró á cumplir lo estipulado. Salíó del castillo á la hora prefijada con solo tres subditos de su entera confianza, y presentándose desarmado en la tienda del villano extranjero que le vendia, observó frialdad, muchas reticencias y gran tardanza en conducirlo al punto convenido.

Un proceder tan inaudito, especialmente en el siglo XIII que no se faltaba á la palabra por nada, dió que sospechar al desgraciado don Pedro y quiso por lo tanto volverse á su castillo; pero ya era tarde, porque la traicion estaba consumada.



Avísado el conde don Enrique, se presentó furioso en la tienda, lanzando descompasados gritos é invectivas contra su hermano á quien no conocía ya. Dice Saavedra en su *empresa XXXIII* hablando de este lance memorable, que dudando don Enrique quien era el rey para matarle, se encaró furioso con los cuatro castellanos que estaban en la tienda, y entonces Claquin, señalándole con la mano:

—Ahí está, le dijo, vuestro enemigo.

—Yo soy, yo soy, contestó don Pedro con arrogancia, como dando á entender que habiendo nacido príncipe digno de la corona, no se mudaba por aquellos accidentes contrarios, pues antes quiso morir, que faltar á la reputación de un soberano de Castilla.

Se empeñó, pues, una lucha brazo á brazo entre ambos hermanos despejando todos los demás la tienda. Don Pedro, como mas fogoso, arrojó á su hermano al suelo; pero conociendo Beltran Claquin que el resultado de la lucha sería contrario á su deseo, en razon á que don Pedro se encontraba encima, les dió la vuelta pronunciando aquellas palabras que recuerda la crónica:—*Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor*. Entonces don Enrique, clavando la daga en el corazon de su hermano don Pedro, le privó de la vida en el acto.... Y alzando despues la cabeza fraticida, cubierto el rostro de polvo y sangre, dió un grito de alegría, presentándose á los suyos con aire de victoria, aunque pasando la homicida mano por la frente, como si quisiera afirmar la corona sobre sus sienes.

La suerte futura de Castilla quedó decidida en la tremenda lucha de dos reyes, acaecida en la noche del 25 de marzo de 1369.—La tierra del campo de Montiel se enrojeció con la sangre del primer monarca castellano, el cual dejó de existir de la manera que hemos narrado, á los treinta y cuatro años de edad despues de diez y nueve de borrascoso reinado.

## VII.

Muerto el rey don Pedro, fué proclamado y jurado sin dificultad Enrique II el *bastardo* que, para cohonestar su mala accion, puso un profundo estudio en excitar el odio contra la memoria de su hermano el rey don Pedro. Hizo, pues, que se estampase en el código de las leyes la espresion de *aquel mal home, aquel tirano*. Ordenó que se escribiesen mil fábulas para alucinar al vulgo, sin otra mira que legitimar sus derechos y que cundiese el sobre-nombre de *Cruel* para que pasase á la posteridad; y el mismo cronista don Pedro Lopez de Ayala dejó escrita la crónica que llaman *Vulgata*, dada al público en tiempo de Juan I, la cual está sembrada de anécdotas, como por ejemplo, la del clérigo de Santo Domingo de la Calzada, que lo mandó enterrar vivo; el lance romancesco de la calle del Candilejo de Sevilla, la sentencia del zapatero y otras muchas que sería prolijo enumerar.

La ignorancia del siglo XIII, que eran muy pocos los que entonces apenas sabian firmar, ha oscurecido la verdad respecto de un hombre de quien tanto se ha escrito y se ha hablado, mirándole unos como héroe y otros como un malvado. No tendria corazon tan malo cuando no decapitó al cronista Ayala; al tiempo de cogerlo prisionero en la batalla de Nájera, pues iba con los partidarios de don Enrique, á quienes se habia pasado; pero cuando se descubra el paradero de la crónica que de su reinado escribió Juan de Castro, obispo de Jaen, contemporáneo suyo, y que no figuró en ningún partido, entonces se podrá formar un juicio exacto de la vida pública de don Pedro, sin tener que apelar á los datos que dejó su enemigo personal, Ayala, de quien se valió el historiador Mariana y cuantos escribieron despues de las cosas de Es-

paña. Harta desgracia tuvo el desventurado don Pedro, como dice oportunamente Espinosa en su compendio de la historia de España, en verse siempre cercado de traiciones y asechanzas, que, en último resultado, le condujeron á la muerte, para que su memoria sea mas respetada.

Sin embargo, cuando el hombre está próximo á pasar al mundo de la verdad porque el hilo de la vida se acaba; cuando las cosas terrenas se ve lo que valen, entonces grita la conciencia, y los remordimientos del alma quisieran hacerle el mas justo. Esto mismo sucedió cabalmente á la muerte del regicida Enrique II. Luego que los médicos de cámara le anunciaron que dispusiera sus cosas, porque la medicina no alcanzaba el secreto de hacer inmortal al hombre, llamó al infante don Juan, su hijo, para darle el último consejo, el cual prueba lo que sentia su corazon en aquel momento terrible respecto del mal proceder contra su hermano.

—Haz atencion, hijo mio, le dijo, á que tienes en tu reino tres géneros de gentes: unos que constantemente siguieron mi partido, otros que con la misma constancia se declararon por el de don Pedro, y otros que hicieron profesion de *indiferentes* para aprovecharse con igualdad de las dos parcialidades. Mantén á los primeros en los empleos y honores que les concedí, *pero sin contar demasiado con su fidelidad*. Adelanta cuanto pudieres á los segundos, confiándoles ciegamente los empleos de mayor importancia, porque la lealtad que guardaron á don Pedro en su fortuna próspera y adversa, es la prenda mas segura de la que te profesarán á ti, en todas fortunas. De los terceros, no hagas caso, hijo mio, ni para el castigo ni para el premio, teniéndolos solo en la memoria para el desprecio.

El político Saavedra al ver la declaracion que este rey hizo á la hora de su muerte, no pudo menos de llamar traidores á los partidarios de don Enrique, en su *empresa 51*, página 544. Y la justicia divina por otra parte castigó el crimen de don Enrique, en la desastrosa muerte de su hijo Juan I, arrastrado á la edad de treinta y tres años por un caballo que se le desbocó en el torneo de Alcalá, el 19 de octubre de 1390.

La reina doña Isabel la Católica, de cuyo talento y buen juicio nadie puede dudar, conoció la justicia con que obró en sus ejecuciones el rey don Pedro, y por esta razon siempre le llamó en lugar de cruel, *Pedro el justiciero*. Hizo mas el astuto Felipe II, pues, no solo no se contentó con desvanecer el dictado de *Cruel* al rey don Pedro, sino que mandó que pusiesen á su retrato, que está en el alcázar de Segovia, el sobrenombre de *Justiciero*.

Si se mira al rey don Pedro como legislador, se ve mas clara todavia la injuria con que le calumniaron plumas venales, que no debieron cortarse jamás para este objeto. Las leyes sabias establecidas en su novelesco reinado, son un modelo, aun en el día, para conservar floreciente el bien comun de la república. Véanse los ordenamientos de los *Menestrales*, y otros que se hicieron en sus córtes, y el *Ordenamiento de Alcalá* que se publicón su tiempo; véase el *Becerro de las Behetrías* que se formó de su orden, y véase por fin el *Fuero viejo de Castilla* que se ordenó y reguló por el mismo don Pedro, insertando un prólogo digno de su prudencia, y entonces se podrá juzgar de lo que trabajó este desventurado monarca, ultrajado despues por sus adversarios, por solo haber querido dar toda su fuerza á la ley.

Tambien le atribuyeron la nota de impio al rey don Pedro, aunque en esto el historiador Mariana no puede menos de confesar, que su natural no estaba desnudo de piedad y devocion religiosa. Su testamento otorgado el 18 de noviembre de la era 1400, año 1362, que existe original en el monasterio de monjas de Santo Domingo de Silos de Toledo, encierra sentimientos y creencias que prueban lo contrario.



Por la novedad que contiene un documento tan apreciable, insertamos algunos trozos en el mismo lenguaje antiguo conque está escrito, para no quitarle el mérito de su autenticidad. Dice así:

«En el nombre de Dios, Amen. Sepan todos cuantos esta carta del testamento vieren, como yo don Pedro por la gracia de Dios, rey de Castilla é Leon etc. Seyendo sano del cuerpo, é en mi cumplida memoria, é temiendo la muerte, de la cual homedel mundo non puede escapar; é acobdiçando por la mi alma en la mas llana carrera que puede fallar por la llegar á la merced de Dios; por ende otorgo este mio testamento, é esta mi manda, en

que ordeno fecho de mi cuerpo é de mi alma, por mi alma salvar, é por facer heredero de mis regnos.

«Mando mi alma á Dios, é á Santa Maria é á toda la corte del cielo, é cuando finamiento de mi acaeciera mando que mi cuerpo sea traído á Sevilla é que sea enterrado en la capilla nueva que yo agora mando facer, é que pongan la reina doña Maria mi muger del un cabo, á la mano derecha, del otro cabo á la mano izquierda, al infante don Alfonso mi fijo primero heredero, é que vistan el mi cuerpo del hábito de San Francisco.

«E mando para reparar la torre de Santa Maria de Sevilla tres mil doblas doro castellanas.



«E mando que si acaesciendo mi finamiento non toviese fijo varon legitimo, que me herede en todos mis regnos, tan cumplidamente como yo los he, la infanta doña Beatriz mi fija.

«E mando que la mi capiella, é la que fué de los Reyes, onde yo vengo, é cualquier otros ornamentos de la iglesia que yo tengo, lo den todo á la capiella que yo agora mando facer aqui en Sevilla, do he de estar enterrado yo, é la reina mi muger, é el infant mi fijo.

«E mando que den de comer á cuantos pobres obiese en la villa el dia de mi enterramiento, é de vestir dos mil pobres sendas sayas de blanqueta, é á otros diez mil sendas sayas de sayal blanco.

«E mando quinientas doblas para cada uno de los monasterios de San Pablo, San Francisco é Trinidad de Sevilla: cien doblas para la Merced é mil para la obra de Santa Maria de Guadalupe.

«E mando que den los mis albaceas cient mil doblas doro marrogs por mi alma en esta guisa: que saquen mil cautivos cristianos de tierra de moros, é lo que sobrare que lo den en aquellos lugares de mis regnos do ellos vieren que yo soy mas tenudo de facer enmienda.

«E mando á Maria Ortiz, hermana de John de San John mil doblas, é otras mil á Urraca Alfon Carriello, é que sean tenudas de entrar en orden, si non gen non se las den; é que estas doblas las den á mis albaceas de las



que tien por mi Martín Yañez, mio tesorero mayor, é que sean de las doblas castellanas, de á treinta y cinco maravedis, que yo mandé labrar.

«E otrosí, mando que pongan doce capellanes que canten continuamente misas por mi alma, é por la reina é fijo en la capienda que yo fago facer, do han de estar enterrados el mi cuerpo é los de la reina é infant; é que den dos pares de tablas, unas que fueron de la capienda de los Reyes, que son grandes, é otras que son mas pequeñas en que está *signum Domini* con tres alfombras de las mejores que tengo, que pongan por suelo en la dicha capienda.

«E mando que se guarde y cumpla todo segun se contiene en los ordenamientos que yo en esa razon fiz, é mi que hayan los dichos clérigos para que esto lo puedan comprir, la renta de la huerta de Sevilla, que dicen del Rey, é la renta del pescado de la cibdat, que arrienden ellos é les recudan, é si mas montaren sea para libros é las otras cosas que fuer menester en la dicha capienda, segun yo lo deho ordenado en mi carta sellada con mi sello de plomo é escrito mi nombre.»

En resumen, el rey don Pedro, por cualquier concepto que se le mire imparcialmente, tiene titulos que le

hacen muy acreedor á que se le borre para siempre el sobrenombre de *Cruel*, y se le conozca en las generaciones futuras por don Pedro el *Justiciero*.

Los poetas españoles de imaginacion mas ardiente lo han proclamado así en los dramas de nuestro teatro antiguo y moderno de *Rey valiente y justiciero ó el rico home de Alcalá*, y en la primera y segunda parte del *Zapatero y el Rey*, puestas en escena muy poco tiempo hace.

Las cenizas, en fin, del rey don Pedro, tan novelesco en su vida, escuchan diariamente los canticos de las vírgenes del Señor, puesto que se hallan sepultadas en la sala capitular del monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, (hoy coró de las monjas) á donde fueron trasladadas en tiempo de don Juan II á solicitud de su nieta doña Constanza, priora que fué del mismo. Una losa de mármol blanco, con el busto en relieve de aquel monarca castellano, cubre los restos mortales por espacio de cuatrocientos años; y no dudamos que llegará un día que ocupe don Pedro el *Justiciero* el lugar que le corresponde en el panteon de los hombres célebres de España.

JULIAN SAIZ MILANES.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### LA BATALLA DE LOS SIETE CONDES.



olo y abismado en el mas profundo dolor se hallaba el rey don Alonso el VI de Castilla, en uno de los regios salones de su alcázar de Toledo. Apetecía el anciano monarca la soledad, no solo para desahogar su pena, sino para meditar seriamente sobre las áridas circunstancias que le rodeaban, y hallar remedio á los profundos males

que aquejaban al reino. Era en el año de 1108, por consiguiente, habian pasado ya los dias de gloria del monarca y parecia terminada la serie de sus triunfos. Los últimos desastres sufridos en Roa y en Cazalla, no habian sido mas que precursores de la grave é inminente tempestad que entonces se preparaba, ó mas bien, de la ruina del nuevo reino de Toledo, que parecia próxima á consumarse. Haly y Temim, sucesores de Juceph, habian pasado de Africa á España, acaudillando un prodigioso ejército que aumentado con todos los moros de la península, habia invadido la provincia de Toledo, llevándolo todo á sangre y fuego. Era tal el furor de los infieles, y tal su ansia de vengar antiguas derrotas, que no contentos con pasar á cuchillo á cuantos pudieran algun dia resistirles, se llevaban cautivos á los niños y á las mugeres, arrebatában cuantos objetos podian ser de algun valor, y hasta saciaban su barbaro encono en las habitaciones y en los arboles. Veíanse llegar hacia Toledo los consternados habitantes de la campaña, y las fugitivas turbas,

que salvando lo que podian, iban difundiendo por todas partes el espanto y la consternacion. Llegó el caso de que el buen rey don Alonso temiese por la conservacion de aquella ciudad, que era la mas importante de sus conquistas, y nada era comparable á la pena que experimentaba cuando llegaba á imaginarse que habian de ser inútiles victorias con tanta sangre compradas, y que el fruto de todos sus afanes, habia de volver á poder de la morisma. Estas consideraciones hacian al monarca esclamar dolorosamente:

—¡Dios mio! ¿quién salvará á mi afligido pueblo? ¿Quién evitará el desdoro de mi corona?... Mis generales han sido vencidos, y yo anciano y débil me hallo imposibilitado de salir á campaña. ¿Quién borrará la afrenta y baldon de mis canas?

—¡Yo! contestó una vocecita agradable á espaldas del monarca. Volvióse este, y vió á su hijo querido el infante don Sancho, el único que penetraba en el retiro del anciano, y que le prodigaba algun consuelo grato á su corazon.

—¡Tú! ¡Hijo mio!

—Si, amado padre: todo, todo lo sé, y en vano es ocultarme el motivo de vuestras penas, cuando yo puedo poner remedio á ellas, y cuando conviene hacerlo antes que los enemigos lleguen á Toledo.

—¡Que! ¿piensas ir á la lid?

—Ese es mi único deseo.

—¡Hijo mio! exclamó el rey, abriéndole sus brazos, nunca dudé de que tuvieses valor; pero la empresa es tan arriesgada y ¡tú eres tan jóven!

—¡Bien sé cuan poco valgo! Pero tengo años suficientes para hacerme ya digno del nombre que heredé de mis mayores. Permitid, señor, que me una á los que acuden presurosos á repeler al enemigo de la patria. Mengua seria permanecer ocioso, cuando todos, desde el noble hasta el pechero, se unen para la defensa de Castilla.

Prendado el rey del noble carácter de su hijo, y gozoso interiormente por ver tanto valor y ardimiento en tan pocos años, no se opuso mas á sus designios generosos. Adoptada una vez la resolucion de resistir á los fie-



ros secuaces del islamismo, á la incertidumbre sucedió la decision, y así en la corte como en los pueblos, se advertían los preparativos y agitacion, precursores de una importante jornada. Todo el esmero del rey don Alonso, se cifró en que su hijo saliese á campaña con toda la pompa digna de su estirpe, y con las fuerzas suficientes para asegurar la salvacion de la patria.

## II.

Dos esposas habian compartido ya sucesivamente el trono, y el talamo del rey don Alonso VI de Castilla, sin que en ninguna de ellas tuviese la sucesion que tanto apetecía, hasta que la mora Zaida, con quien caso por tercera vez, le dio al infante don Sancho. Era Zaida una doncella de singulares prendas, hija de Abenabet, rey moro de Sevilla, y la diferencia de religion no fué un obstáculo para que dejara de verificarse este casamiento en que influyeron notablemente el cariño que á don Alonso cobró la doncella, y las miras políticas del padre de Zaida, por las ventajas que de este enlace se proponia. Zaida sin embargo, se hizo después cristiana, y con el nombre de Isabel, fué la esposa mas querida del monarca, que así

mismo tuvo un afecto entrañable al hijo que de ella habia tenido, y que era por otra parte el único hijo que tenía.

Así que se divulgó la noticia de que el infante don Sancho salía á campaña con el beneplacito de su padre, y así que se supo iba á hacerse el último esfuerzo para rechazar á la morisma; la flor de la nobleza quiso acompañar á su príncipe, correr con él los peligros de la guerra, y participar de la suerte favorable ó adversa que el cielo le destinase. En particular seis ánimicos condes, jóvenes valientes, en quienes rebosaban el honor y el patriotismo, y ansiosos de gloria como de noble estirpe nacidos, resolvieron salir al encuentro del peligro, y sacrificarse por su patria y por su príncipe, si no les era dado triunfar. A estos seis condes se agregó otro mas célebre y mas experimentado, cual era don Garcia, conde de Gabra, á cuyo valor y lealtad confiaba el rey en particular su hijo el infante don Sancho. Con tan nobles caballeros iba todo lo mejor de sus casas, así en hombres, como en caballos y preseas, sin contar con las lucidas tropas que el rey habia hecho disponer.

Solo tenia entonces el infante don Sancho como unos doce años de edad, y era indispensable segun la costumbre de la época y segun los deseos de su padre, armarle ca-



ORTEGA.

ballero, antes de entrar en lides. Veladas las armas y bendecidas por el preste, y ejecutadas las demas ceremonias preparatorias, fueron conducidas por los pages á la régia cámara, donde se hallaban ya tambien las damas que habian de asistir á tan solemne acto, que habian de ceñir la espada y calzar la espuela al novel caballero, así como tambien se hallaba el conde de Gabra que habia de ser su padrino. Don Sancho hincó la rodilla delante de su

padre, que desenvainando una de sus espadas vencedoras, que desde aquel momento cedia al infante, le dió con ella el espaldarazo, que era tres golpes de plano en la espalda, diciendo:

—En el nombre del Padre.... del Hijo... y del Espíritu Santo, de San Miguel y Santiago, os hacemos caballero.

Sed valiente, piadoso y honrado. Socorred á los oprimidos y castigad á los opresores: defended la inocen-



cia y la hermosura. Sed siempre fiel á Dios, á el honor y á la patria.

Revestido el infante con sus nuevas y resplandecientes armas, dado y recibido el abrazo de costumbre, el rey su padre le dió algunos otros consejos y terminó, diciéndole:

—¡Hijo mío! todo está prevenido para que te presentes cual corresponde en el campo de batalla. Parte á conducir mis tropas, donde el honor las llama, y procura distinguirlas cual se han distinguido tus mayores.

El cargo de mandar las tropas era para don Sancho, puramente de honor, atendido su nacimiento, pues su corta edad y su ninguna experiencia le impedían dictar resoluciones acertadas. El verdadero general á quien iban confiados el mando de las tropas y el éxito de la batalla, era don García, conde de Cabra, por eso el rey don Alonso le dirigió estas palabras:

—Amado conde, os entrego el único vástago de mi estirpe, la sola esperanza de mis postreros años, el que ha de perpetuar mi nombre, y mi corona.

Comprendió el conde lo que pasaba en el corazón del padre y respondió con gravedad.

—Hace cinco años, señor, que no me separo del infante y que le instruyo en las lecciones del honor y de la gloria. Mal pudiera abandonarle cuando va á poner en práctica mi enseñanza.

### III.

Dirigíase apresuradamente todo el ejército cristiano hacia los campos de Uclés donde se hallaba detenida la morisma, sitiando la población de este nombre. Había en ella un castillo ó casa fuerte en la que unos pocos valientes se atrevían á resistir á los infieles que dueños ya del resto de la población, estaban á punto de conquistar aquel último reparo. En tal situación fueron avisados de la llegada de los cristianos, cuyas huestas cubrieron en breve la campiña.

El primer pensamiento de Temim fué levantar el sitio y retirarse precipitadamente, creyendo á los enemigos muy superiores en armas y decisión, mas pasada la primera sorpresa, Abdala y Mohamed los dos mas principales caudillos de su ejército, reanimaron á este, y hechos bien cargo de las fuerzas y orden de batalla que los cristianos traían, se presentaron resueltamente á Temim para darle á entender; que ellos y sus huestes no habían llegado hasta allí para volver la espalda al enemigo. Era imposible por otra parte esquivar el combate, pues los animosos condes que acompañaban á don Sancho, así que estuvieron al frente de los infieles, se precipitaron sobre la turba morisca, cual fieros leones rugiendo de furor. El príncipe don Sancho, fiel á la sangre de héroes que circulaba por sus venas, se arroja también como un rayo entre los enemigos, costando mucho trabajo á su ayo don García el poder seguirle de cerca. Pero este primer choque en el hecho de ser tan impetuoso, era también desordenado y prematuro, y las inauditas proezas de los jóvenes caudillos de nada sirvieron ante la superioridad numérica del enemigo: atropellaban, herían, mataban, pero nuevos combatientes se sucedían sin cesar.

El caballo que el infante don Sancho montaba, recibe un flechazo con tal furia que el generoso animal no tiene tiempo mas que para abatirse sin lastimar á su señor; pero el conde don García que cree á su ahijado herido de muerte, se arroja prontamente de su corcel para socorrerle y en tal conflicto son rodeados por los impetuosos musulmanes. El conde, blandiendo su terrible espada, gira todo al rededor defendiendo al niño y conteniendo á los mas osados. Su esfuerzo es tal que los contrarios de lejos le combaten y arrojan repetidas flechas, mas no osan acercarse. Llega en esto el caudillo Temim y abriéndose paso por entre los suyos alcanza á ver el grupo que

forman el infante don Sancho y el ayo que le defiende, y la espresion de un bárbaro gozo se pinta entonces en su sañudo semblante, creyendo á las víctimas ya en su poder. Al ver la indecision de los suyos, esclama:

—Compañeros, ahí teneis á vuestros mas orgullosos enemigos. La suerte los pone hoy en vuestras manos.

—Muertos si; pero no rendidos, esclama el conde don García, preparándose á rechazar el nuevo ataque que les esperaba.

También llegan presurosos Martín, Fernandez, García y los otros condes sabedores del aprieto en que se halla su príncipe, y todos ellos á pesar de inauditos esfuerzos, no pueden romper por la morisma, hasta llegar á el lado del príncipe á quien han prometido servir de apoyo: todos ellos pierden allí la vida, como valientes, como héroes; pero sin tener el consuelo de espirar á vista de su príncipe. Todo el grueso de los enemigos acometía entonces al desgraciado jóven y al ayo que le defendía; pero este inmóvil como una roca entre aquel diluvio de flechas, y dando muestras de que no en vano le llamaban el mejor caballero de Castilla, combate con desesperacion, protege al infante, y para en su escudo los golpes que caen sobre él tan sonoros y redoblados como los martillos sobre el yunque. Un ¡ay! lastimero, un grito de muerte que lanza el infante, le hace volver hacia él los ojos y viéndole traspasado de un flechazo, siente que desfallece todo su valor. El desgraciado niño, pálido, y cubierto de sangre quiere asirse á su ayo, pero las fuerzas le faltan ya, y cae deslizándose por sus rodillas sin mas que dirigirle su última mirada. El conde por amparar al niño deja su cuerpo expuesto á las heridas y debilitado por ellas la espada se le escapa de las manos. Solo le resta participar de la suerte del que tanto ama, y ser fiel á su palabra, pero su espíritu generoso aun parece que sostiene en pie su sangriento y debilitado cuerpo, hasta que un golpe que recibe en un pie cortándosele á cercen, le imposibilita de sostenerse y cae al fin sobre el infante como si aun despues de muerto quisiera todavía defenderle con su cuerpo.

¡Lastimoso espectáculo el que ofrecia entonces aquel campo en que yacían los siete desgraciados condes! Aquellos inclitos guerreros, todos compañeros de armas, todos en la flor de su edad, todos orgullosos por su estirpe habían entrado en batalla con todo el lujo y esplendor del trago militar de la época, con toda la bizzarria que á los pocos años presta un entusiasmo generoso... y entonces ¡ah! tendidos por el suelo, al rededor del príncipe á quien habían asociado su nombre, su gloria y su fortuna, traspasados de lanzas y de flechas y cubiertos de polvo y sangre sus hermosos vestidos, daban una prueba evidente de la inconstancia de las cosas humanas, y también del modo con que entendían nuestros antepasados las palabras *vencer* ó *morir*. Si; los innumerables enemigos á quienes habían hecho morder la tierra probaban que habían vendido bien caras sus vidas, y que habían rivalizado en valor. Si; también hay gloria en el vencimiento; también hay gloria para el valor que de esta manera sucumbe.

### IV.

Antes de la noticia directa y positiva de la derrota funesta que habían sufrido las armas cristianas, revelaron al rey don Alonso este triste suceso los vagos é inexplicables rumores que siempre preceden á una grande catástrofe. Pero en breve el tropel de fugitivos que iba llegando, las poblaciones enteras que temiendo todo del feroz enemigo, huían despavoridas á refugiarse en los muros de Toledo, no dejaron duda alguna de la inmensa pérdida que los cristianos habían sufrido.

El rey don Alonso, seguro de la pérdida de la batalla se precipitó al encuentro de los primeros caballeros que llegaron á su alcazar, diciéndoles con la mayor ansiedad:

—¡Mi hijo!... ¿dónde está mi hijo?



Harto respondían al padre el consternado semblante, el terror y el abatimiento de los caballeros; pero él, que deseaba apurar de una vez el cáliz de la aflicción, y estar seguro de toda la intensidad de su desgracia, volvió á preguntar:

—¿Qué es de vuestro príncipe, señores? ¿Dónde está el hijo querido de mi corazón?

Fué entonces preciso referir al angustiado padre, y en todos sus detalles, la muerte gloriosa del infante, relación que él escuchó estático y asombrado, y con general sorpresa de todos, cuando esperaban que prorumpiese en lamentos ó en reconvenciones, solo le oyeron proferir estas palabras con aterradora calma:

—Mi hijo ha muerto! Pero ha muerto como valiente defendiendo á la patria. Ha sido desgraciado, pero no cobarde.

Sin poder ejercer mas dominio sobre sí mismo, se entró precipitadamente al gabinete inmediato, donde nadie se atrevió á seguirle, y allí cayó sobre su reclinatorio, donde vencido por la naturaleza vertió abundantes lágrimas. Aunque héroe, al fin era hombre, y tenía un corazón de padre.

—Mi hijo, decía, la esperanza de mi vida y el consuelo de mi vejez, ha espirado en la flor de su temprana edad, y yo debía haber bajado al sepulcro antes que él. Ya que su muerte prematura ha precedido á la mía, no me quiteis la vida, Dios mío, sin que pueda vengarle.

No está reñida la resignación cristiana con el valor, como se vió entonces en el sublime ejemplo del magnánimo Alfonso. Hubo en él un cambio extraordinario, que á todos admiró: el amor paternal comunicaba un inusitado brío á todos sus miembros, y le hacía tener en menos todas

las dolencias y achaques de la vejez. Aquel anciano de setenta y tres años, no dudó un momento en salir á campaña, para vengar á su hijo. Los recuerdos de patria y de gloria le estimulaban con todo su poderio, y el vencedor de Consuegra, Medinaceli y Coria, el conquistador de Talavera, Mora y Consuegra, el que había rendido á la imperial Toledo, quiso en sus últimos días ser fiel á tan grandiosos recuerdos, y hacerse verdaderamente digno del título de emperador, con que sus pueblos le apellidaban.

Tenia por otra parte fé en los destinos de la España, á quien la Providencia siempre salva maravillosamente, cuando al parecer mas inevitable es su ruina. Así sucedió en esta ocasión, puesto que los enemigos envanecidos con su triunfo, y creyendo que nada tenían ya que temer de sus contrarios, dividieron sus fuerzas en varios puntos, y entregados al saqueo y devastación, permitieron á don Alonso VI que los fuese atacando en detalle, y que sin aventurar una batalla campal, ni acciones sangrientas, les fuese quitando cuanto habían conquistado, y rechazando hasta mas allá de los primeros límites de su reino, que habían invadido.

Cuando Alfonso el VI volvió triunfante á Toledo, fué para postrarse en el lecho de dolor donde á poco tiempo le arrebató la muerte, pues aquel último esfuerzo había estinguido todo su vigor. Bien lo conoció el monarca, que al despojarse para siempre de su espada victoriosa, exclamó:

—¡Ya puedo morir, Dios mío! pues he vengado á mi hijo y he vuelto á mi reino toda su integridad, y toda su gloria.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### GUILLERMO TELL.

..... Viagemos no por la Helvecia de los montes y las neveras, sino por la Suiza de las praderas y de los lagos; no por el país fabuloso sino por el país histórico; subamos esa pequeña montaña que está delante de nosotros, y pasando por un cementerio cubierto de rosales, lleguemos por la izquierda de la iglesia á una capilla fundada en el mismo sitio que ocupaba la casa en que nació Guillermo Tell. Por conocida que sea la historia del héroe popular cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mas que estemos familiarizados con esa historia, viéndonos en el lugar que nos hallamos y debiendo recorrer los lugares que tenemos á la vista, no podemos menos de seguir en su desarrollo, la asociación que formó la mas duradera república, no solamente de la época moderna, sino tambien de los antiguos tiempos.

Alberto de Austria descendiente de la casa de Absburg, ciñó la corona imperial en 1298, y poseía en medio de las comarcas de la antigua Helvecia á título de mayoralazgo de los condes de Absburg, un gran número de pueblos, tierras y castillos, que hoy día forman parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yona, Argovia, etc. Los condes de Saboya, Neufchatel, y Rapperschwyld, poseían lo restante del país.

Difícil y enojosa tarea sería contar la historia de

aquella nobleza rica, desenfrenada y revoltosa, siempre en guerra ó entre placeres, derramando la sangre y el oro de sus vasallos, y coronando las crestas de las montañas con torres y fortalezas, desde donde se lanzaban á la llanura para recoger sus depredaciones y llevarlas á sus castillos. Los que tal hacían, no eran solo los hombres del siglo, pues los poderosos obispos de Bale, de Constanza, de Coira y de Lausana y los opulentos abades de Saint-Galles y de Ensielden seguían el ejemplo de los grandes barones. En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de tiranos, no había mas que tres comarcas en que se respiraba el aire de la libertad; Uri, Schwitz y Untervald cuyos habitantes se reunían en 1291 dándose palabra y fé de defenderse mutuamente familias y bienes con las armas ó con los consejos, segun el caso lo exigiera.

Alarmado Alberto con esta demostración hostil quiso obligarles á renunciar á la protección del emperador, que era su único soberano, y someterlos á las mas inmediata y directa que era la de los condes de Absburg, con el objeto de que alguno de sus hijos que no le sucediese en el trono imperial, conservase al menos la soberanía de aquel país, que incorporado en el imperio dejaba de pertenecer á la noble casa de los duques de Austria. Pero los montañeses de Uri, Schwitz y Untervald tenían á la vista la tiranía con que eran gobernadas las tierras vecinas para no dejarse engañar, y suplicaron no se les privase de la protección del emperador reinante, esto es que no se les segregase del imperio. Alberto les respondió que deseaba tenerlos como á hijos propios, ofreció feudos á los prin-



cipales ciudadanos, y quiso instituir diez caballeros en cada distrito; pero aquellos altivos helvecios replicaron que no querían nuevas gracias, sino conservar sus primitivos fueros y libertades. Alberto quiso entonces sujetarlos por medios de rigor, y envió dos baillios alemanes conocidos por su carácter brutal y despótico. El uno se llamaba Herman Guessler de Brouneig, y el otro el caballero Beringuer de Landenberg. Establecieron en el país confederado, á lo que nunca se atrevieron sus antecesores; Landenberg se alojó en el castillo real de Sarnen y Guessler no encontrando en el país morada bastante cómoda, mandó edificar una fortaleza, á la que dió el odioso nombre de *Urijoch* ó *Yugo de Uri*. Desde luego comenzó á poner en ejecución el plan de Alberto, que de este modo pensaba obligar á los confederados á apartarse del imperio y someterse á la casa de Austria. Dobláronse los impuestos, castigáronse con crecidas multas las faltas mas leves, y los desgraciados ciudadanos fueron tratados con el mayor desprecio y altanería.

Un día Herman Guessler seguido de un solo escudero recorría á caballo el canton de Schwitz; y se detuvo delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher.

—No es vergonzoso, dijo al escudero, que esos miserables siervos edifiquen para si tan hermosas viviendas, cuando deberian contentarse con una choza?

—Dejad que la casa esté acabada del todo, monseñor, contestó el escudero, y entonces mandando esculpir sobre la puerta las nobles armas de la casa de Absburg, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

—Tienes razon, dijo Guessler, y espoleando su caballo siguió su camino.

La muger de Werner que estaba en el umbral de la puerta, oyó la conversacion y mandó á los trabajadores que cesasen en la obra, y volviesen á sus casas. Obedecieron los jornaleros, y cuando Werner llegó miró con extrañeza el abandono de la obra y preguntó á su muger, por que se habian ido los albañiles y con órden de quien.

—Con órden mia, respondió ella.

—¿Y eso por qué?

—Porque los siervos y vasallos deben contentarse con una choza. Werner suspiró tristemente y entró en su casa; y como era hora de comer sentóse á la mesa. Su muger le presentó pan y agua y se sentó á su lado.

—¿Qué es esto, muger? ¿no hay ya caza en la montaña, pesca en el lago ni vino en la bodega?

—Cada cual debe vivir segun su clase, los esclavos y siervos no deben mantenerse mas que de pan y agua.

Werner frunció las cejas, comió un pedazo de pan y bebió agua, descolgó de la pared una antigua espada y echándosela al hombro, salióse sin pronunciar palabra alguna y llegó hasta Brunnen. Allí pasó el lago en una barca de pescadores y dos horas antes de amanecer, llamaba en Attenghausen á la puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajóle á abrir este mismo, y aunque extrañó que su yerno le visitase á tales horas, no le preguntó el motivo y mandó á un criado, pusiese sobre la mesa un cuarto de gamo y una botella de vino.

—Gracias padre, dijo Werner; tengo hecho voto de...

—¿De qué?...

—De no alimentarme mas que de pan y agua, hasta un dia bien lejano quizá.

—¿Qué dia será ese?

—El de nuestra libertad.

—Buenas palabras son las que has dicho, ¿pero tendrás valor para pronunciarlas ante otros, asi como al anciano á quien llamas padre?

—Las repetiré delante de Dios que está en el cielo, y delante del emperador, que es su representante en la tierra.

—¡Bien hijo mio! Hace mucho tiempo que esperaba de ti tal respuesta en semejante ocasion, y en verdad que ya empezaba á desconfiar.

Volvieron á llamar de nuevo á la puerta. Walter y su yerno fueron á abrir, y se presentó á sus ojos un jóven armado con una especie de maza; un rayo de luna iluminó sus facciones pálidas y desencajadas, y al reconocerle ambos, pronunciaron el nombre de Mechthal.

—¿A qué vienes? preguntó Walter Furst, asombrado de su palidez; ¿qué quieres?

—¡Asilo y venganza! respondió Mechthal con voz sombría.

—Tendrás lo que pides, si la venganza puedo dártela como el asilo, contestó Walter; y preguntó de nuevo:

—¿Qué ha sucedido?

—Estaba yo en el campo viendo pacer á mis dos mejores bueyes, cuando acertó á pasar un escudero de Landenberg, que deteniéndose se acercó y dijo:

—Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y conviene que cambien de dueño.

—Estos bueyes son míos, contesté; y como los necesito, no quiero venderlos.

—¿Y quién te habla de venta, villano?

—Si me tomáis esta yunta, ¿cómo podré trabajar mis tierras?

—Los villanos como tú, ya pueden arrastrar por si mismos la carreta, si quieren comer pan, de que son indignos.

—¡Vamos, seguid vuestro camino, y os perdono!

—¿Y dónde tienes arco ó ballesta, para hablar de esta manera?

Gercano á mi estaba un arbolillo y lo rompí. No necesito arco ni ballesta, dije; ya veis que armas uso, y le enseñaba el palo que acababa de hacerme.

—Si te acercas á mí, un paso, te saco las tripas como á un gamo, me dijo.

Di un salto sobre él, con el palo levantado y le dije:

—Si llegais á poner la mano sobre mis bueyes, os tiendo tan largo como sois.

Tocó sin embargo el yugo, y en el mismo tiempo dejó caer el palo y di con el insolente en el suelo, habiéndole roto un brazo como si fuera un mimbre.

—¡Hiciste bien y con justicia, exclamaron los dos oyentes.

—Ya lo sé, y por esto no me arrepiento, continuó Mechthal; pero tambien he debido escaparme. Abandoné mis bueyes, me escondí durante el dia en el bosque de Roestock, y llegada la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario.

—En horabuena, Mechthal, dijo el anciano alargándole la mano.

—Esto no basta, dijo el jóven; convendría enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y que medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí. Oyéronse pasos, lentos ya por el cansancio, y un instante despues llamaron de nuevo á la puerta y una voz se dejó oír que decía.

—Abrid que soy Ruder.

—Mechthal abrió la puerta para abrazar al criado de su padre; pero le vió tan pálido y abatido que retrocedió lleno de espanto.

—¿Qué ha sucedido, Ruder? Preguntó Mechthal con voz trémula.

—Desgraciado de vos, mi querido amo! ¡desventurado el país que mira con indiferencia tantos crímenes! ¡Infeliz tambien yo portador de infaustas nuevas!

—¿No le ha sucedido nada á mi padre, no es verdad? ¿habrán respetado sus canas? La vejez es sagrada.

—¿Qué, acaso respetan ellos alguna cosa? ¡Hay algo santo para ellos!

—¡Ruder!... exclamó Mechthal juntando las manos.

—Le han cogido y preguntado por vuestro paradero, y como el pobre viejo no lo sabia... ¡le han sacado los ojos!

Mechthal lanzó un terrible grito y Walter y Werner se



miraron mutuamente, sus cabellos estaban herizados, y el sudor corría por su frente.

—Mientes, exclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello de su sayo, mientes, porque no es posible que los hombres cometan tales crímenes. ¡Oh! sí, dime que mientes.

—¡Ojala! respondió Ruder.

—¿Has dicho que le han sacado los ojos? y esto solamente, por que yo me he escapado como un cobarde; han sacado los ojos al padre, porque no podía entregarles al hijo; han metido una punta de hierro en las órbitas de los ojos de un anciano... ¡esto en medio del día, delante de



Dios! y nuestras montañas no se han desmoronado sobre sus cabezas... ¡Ya no les bastan nuestras lágrimas! ¡quieran nuestra sangre!!... ¡Oh Dios mío! Dios mío! tened piedad de nosotros!

Mechtal cayó como un árbol desarraigado, y revolcándose por el suelo mordía la tierra. Werner se le acercó:

—No llores como un niño, ni te arrastres como un reptil, levántate como hombre y vengaremos á tu padre.

El joven se levantó súbitamente como movido por un resorte.

—Werner, has dicho que le vengaremos.

—Sí, respondió Walter.

—¡Oh! gritó Mechtal con una sonrisa espantosa.

Oyóse entonces á alguna distancia, el estribillo de una alegre canción, y los primeros albores del día dejaron ver á un nuevo personaje, en un recodo del camino.

—Entraos aquí, dijo Ruder á Mechtal.

—No es necesario, dijo Walter, que el que se acerca es un amigo.

—Que pudiera sernos muy útil, añadió Werner.

Mechtal se dejó caer en un banco, casi sin sentido.

En tanto se aproximaba el viajero, que era un hombre de unos cuarenta años poco mas ó menos, vestido con una ropilla parda, que no le pasaba de las rodillas, trage medio secular, medio monástico; pero sus cabellos largos, barba y bigotes segun el uso de los hombres acomodados, indicaban que si en algo pertenecía al claustro, era muy accidentalmente. Su aspecto se asemejaba mas al de un soldado, que al de un monge, y se le hubiera tomado por lo primero, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinto un tintero, pluma, papel y pergaminos, en una especie de aljaba en vez de flechas. Completaban su vestido greguescos azules muy ceñidos, y polainas de cuero, llevando tambien el largo palo de camino, que rara vez olvidan los montañeses.

Desde que habia distinguido el grupo que se formó delante de la puerta, habia dejado de cantar, y acercábase con aquella franqueza, que dá la seguridad de encontrar personas conocidas. En efecto á algunos pasos de distancia ya le habló Furst.



—Buenos días, Guillermo; ¿A dónde vas tan de mañana?

—Dios os guarde, Walter. Voy a cobrar unos censos del convento de monjas de Zurich, del cual soy cobrador como sabeis.

—¿Puedes quedarte un cuarto de hora con nosotros?

—¿Para qué?

—Para oír lo que quiere decirte ese joven.

Guillermo se volvió hacia Mechtal, y viéndole llorar le alargó la mano diciéndole:

—Dios enjague vuestras lágrimas, hermano.

—Dios vengue la sangre derramada, contestó Mechtal, y contó lo que le había pasado.

Guillermo escuchó con mucha atención y profunda tristeza.

—¿Y qué habeis resuelto? preguntó cuando el joven hubo acabado.

—Vengarnos y libertar el país, respondieron los tres a la vez.

—Dios se ha reservado la venganza de los crímenes, y la libertad de los pueblos, observó Guillermo.

—Entonces ¿a los hombres qué nos resta?

—Las oraciones que mueven a Dios.

—Guillermo, de poco te sirve ser tan valiente arquero si respondes como un monge, cuando se te habla como a un ciudadano.

—Dios ha hecho los montes para los gamos y gamuzas, y a las gamuzas y gamos para el hombre; por esto son ligeros aquellos, y es diestro el cazador. Walter, os habeis engañado llamándome valiente arquero, yo no soy más que un pobre cazador.

—A Dios, Guillermo, vete en paz.

—Quedad con Dios, hermanos.

Guillermo se alejó, y los otros tres le siguieron con la vista hasta que hubo desaparecido.

—No hay que contar con él, dijo Werner, y es lástima, porque hubiera sido buen aliado.

—Dios nos reserva la gloria a nosotros solos de dar la libertad a nuestro país.

—¿Bendito sea el Señor!

—¿Y cuándo empezamos? preguntó Mechtal. Mis ojos derraman lágrimas, y sangre los de mi padre.

—Los tres somos de diferentes distritos: tu Werner, de Schwitz, tu Mechtal, de Unterwalden, y yo de Uri. Busquemos entre nuestros amigos a diez hombres, con quienes podamos contar, y reunámonos en el Grütli.... Dios todo lo puede, y cuando se viaja por el camino de la justicia, treinta hombres valen lo que un ejército.

—¿Cuándo nos reuniremos pues? preguntó Mechtal.

—La noche del domingo al lunes, respondió Furts.

—No haremos falta, y los tres amigos se separaron.

## II.

Entre los diez hombres del cantón de Unterwalden que debían acompañar a Mechtal en la noche del 17 de noviembre, había un joven de Wolfranschies, llamado Conrado de Baumgarten, casado poco había, con la más bella de las hijas de Alzellen, al que no hacía entrar en la conjuración nada más que el deseo de libertar a su patria, pues él era dichoso. De ahí es, que cuando se separó de su mujer no quiso decirle donde iba, pues fingiendo que tenía algún negocio que arreglar, en la aldea de Brunen la dijo en la noche del 16, que debía irse el día siguiente, la joven palideció.

—¿Qué tienes, Rosa? la preguntó Conrado. Es imposible, que una cosa tan sencilla te cause esa impresión.

—Conrado, respondió ella, ¿no podías diferir este viaje?

—Me es imposible.

—¿No puedes llevarme en tu compañía?

—De ningún modo.

—Entonces vete.

Conrado la miró de hito en hito, y la preguntó de nuevo: —¿Qué tienes celos, amada mía? Pero no, esto no puede ser, alguna cosa te ha sucedido que tú me ocultas.

—Acaso es infundado el miedo que tengo, respondió Rosa.

—¿Y qué puedes temer en tu casa, entre nuestros amigos y parientes?

—¿Conoces al señor de esta comarca, Conrado?

—Sí, respondió este arrugando la frente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me vió en Alzellen antes de ser tu esposa.

—¿Y te ama! exclamó Conrado apretando los puños y mirándola fijamente.

—Así me lo ha dicho.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, ya lo había yo olvidado; pero ayer le encontré en el camino de Stanz y volví a decírmelo.

—¡Bien! bien, murmuró Conrado. ¡Insolentes señores!... No era bastante mi amor a la patria, queráis también que me inflamase el odio contravosotros. En buen hora: acumulad crímenes sobre vuestras cabezas, pues ya se acerca el día de la venganza.

—¿A quién amenazas de esa manera? dijo Rosa, ¿olvidas que es nuestro amo?

—Sí, amo y señor de sus vasallos, siervos y lacayos, pero, yo, Rosa, soy libre, ciudadano de Hanz, señor de mi casa y de mis bienes, y sino tengo derecho para administrar justicia como él, tengo al menos el de hacérmela yo mismo.

—¿Entonces no te irás?...

—He dado mi palabra y la cumpliré.

—Me permitirás al menos que te acompañe.

—Ya te he dicho que no puedo.

—¡Dios mío! murmuró Rosa.

—Oye: quizá nos atormentamos sin motivo. Nadie sabe que yo tengo que marchar, y mañana al medio día estaré de vuelta y nadie vendrá a incomodarte.

—Dios lo quiera.

Conrado abrazó a su esposa y salió.

La cita como dijimos era en Grütli, y todos los citados acudieron. Allí en una pequeña llanura que hace una estrecha pradera, circundada de bojés, al pie de los peñascos de Seelisberg, la tierra ofreció al cielo uno de los más sublimes espectáculos en la noche del 17 de noviembre de 1507. Tres hombres prometían por su honor y por su vida, la libertad de un pueblo entero. Walter Furst, Werner Stauffacher y Mechtal alargaron los brazos, y ante Dios, para quien son iguales los pueblos y los reyes, juraron vivir y morir por sus hermanos, hacerlo y soportarlo todo en común, no sufrir ni permitir más injusticias, respetar los derechos y propiedades de los condes de Absburg, no hacer daño alguno a los bailios imperiales, y poner fin a su tiranía; y pidieron al Señor que si aquel juramento le era acepto, lo hiciese patente con un milagro. En el mismo instante saltaron tres fuentes de agua viva a los pies de los tres gefes, los conjurados gritaron gloria a Dios en las alturas, y alzando las manos juraron recobrar la libertad con sus esfuerzos. Fijóse la ejecución de aquel proyecto para el 1.º de enero de 1508, y separáronse tomando cada cual el camino de su casa.

Aunque Conrado caminó a prisa era ya medio día, cuando avistó el lugar de Wolfranschies, y cerca de él la casa donde Rosa debía esperarle. Todo parecía tranquilo; sus temores se amortiguaron, su corazón latió con menos fuerza y se detuvo para respirar. En aquel instante parecióle oír su nombre llevado por una ráfaga de viento; estremecióse, y continuó su camino. Pasado un corto rato volvió a oír la misma voz que le llamaba y tembló, porque en el lastimero sonido creyó reconocer la voz de su



esposa. Precipitose, pues, hacia el pueblo; y a pocos pasos encontró una muger desmelenada que pronunció su nombre, y no pudiendo andar mas, cayó en medio del camino. Conrado no dió mas que un salto para acercarse á ella, pues habia reconocida á Rosa.

—¿Qué tienes, amada mia?

—¡Huyamos, huyamos! murmuró la infeliz procurando levantarse.

—¿Y por qué hemos de huir?

—¡Por que él ha venido, Conrado, ha venido cuando tu no estabas!

—¿Ha venido!

—Si y abusando de tu ausencia y de verme sola....

—Habla, habla luego....

—Me ha mandado que le preparese un baño.

—¡Insolente! ¿y tú le obedeciste?

—¿Qué habia de hacer, Conrado?... entonces me habló de su amor.... ha puesto en mi sus manos; pero yo he huido llamándole en mi socorro corriendo como una loca....

—¿Y en donde está ahora ese malvado?

—En casa.... en el baño.

—¡Insensato! exclamó Conrado echando á correr hacia Wolfranchiess.

—¿Qué vas hacer, desventurado?

—Espérame que ya vuelvo.

Rosa cayó de rodillas tendiendo los brazos hacia el camino que Conrado habia seguido, y así permaneció durante media hora muda é inmóvil como la estatua de la oración, hasta que levantándose de improviso dió un grito. Era que Conrado volvía pálido y con una hacha ensangrentada en la mano.

—Huyamos, Rosa, dijo él á su vez: porque no estaremos salvos sino allende del lago. Huyamos sin seguir caminos ni senda; huyamos si no quieres verme morir de miedo, no por mi vida sino por la tuya.

Al pronunciar estas palabras se llevaba su esposa hacia el campo. Rosa no era una de esas flores delicadas y endebles como las que suelen producir nuestras ciudades; era una noble montañesa, fuerte y animosa en los peligros, avezada al sol y á la fatiga. Poco tiempo pasó y los dos esposos llegaron al pie de la montaña; Conrado quiso descansar, pero Rosa le enseñó la sangre que enrojecía el hierro de su hacha, y le dijo:

—¿De quién es esa sangre?

—¿De quien quieres que sea?... exclamó Conrado.

—Huyamos, pues, contestó Rosa, y continuó el viaje. Internáronse en lo mas fragoso del bosque, trepando la montaña por sendas conocidas únicamente por los cazadores. Conrado quiso detenerse alguna vez, pero su esposa le animó siempre, asegurándole no estaba fatigada. Finalmente, poco antes de anochecer llegaron á la cima de uno de los picachos de Roestock, desde donde oyeron los balidos de los ganados que volvían á sus apriscos en Seidors y Bauen, y descubrieron delante de estos dos lugares, echados en el fondo del valle, el lago de Waldstetten tranquilo y puro como un espejo.

Rosa intentó pasar mas adelante; pero sus fuerzas no estaban de acuerdo con su voluntad, y á los primeros pasos cayó al suelo. Conrado la rogó que descansase algunas horas, le dispuso una mullida cama de hojas y musgo, en la cual durmió mientras él velaba.

El triste fugitivo, sintió espirar uno tras otro todos los clamores del valle, y vió apagarse una á una todas las luces que semejabán estrellas caídas del cielo. Después, á los discordantes rumores de los hombres, sucedieron los armoniosos sonidos de la naturaleza, y á las efímeras luces encendidas por manos mortales, aquel espléndido polvo de estrellas que levantan los pasos de Dios. Las montañas, así como los mares, tienen también voces inmensas que se elevan en medio de la noche de la superficie de los lagos, del seno de los bosques, ó de lo profundo de las neveras. En sus intervalos oyes el rui-

do continuo de las cascadas ó el borrascoso estrépito de los aludes, y todos estos ruidos, hablan al montañés una lengua sublime que le es familiar, y á la cual contesta con gritos de espanto ó cantos de agradecimiento, por que aquellos ruidos presagian la calma ó la tempestad. Conrado con el instinto de los lebreles aspiraba las brisas húmedas, que soplaban de cuando en cuando de la parte de Occidente y murmuraba en voz baja:

—Si, si, os reconozco mensajeros de la borrasca, y no os despreciaré, y se inclinó diciendo á su esposa:

Querida mia, no tengas miedo, soy yo que te despierto. Rosa abrió los ojos y tendió los brazos á su esposo, preguntándole:

—¿En donde estamos?

—Es preciso partir; el cielo anuncia la tempestad, y apenas nos queda tiempo para llegar á la gruta de Rikenbach, en donde estaremos seguros; cuando haya cesado el huracán nos iremos á Bauen, desde donde cualquier barquero nos llevará á Brusmen ó á Sisigen. No tengas cuidado, y vámonos que ya ruge el huracán.

En efecto, oyóse un trueno lejano que recorrió en su estampido las sinuosidades del valle, y terminó en los desnudos flancos del Aremberg.

—Tienes razón, dijo Rosa, no perdamos tiempo; huyamos, Conrado, huyamos.

Dicho esto, diéronse la mano, y echaron á andar tan ligeros como lo escabroso del terreno les permitía, hacia la gruta Rikenbach.

Pero el huracán habia empezado con los primeros albores del día, y se acercaba bramando: de tiempo en tiempo surcaban el cielo multitud de relámpagos, las nubes que bajaban sobre las frentes de los fugitivos, les robaban la vista del valle. De repente en uno de aquellos intervalos de silencio en que la naturaleza parece reunir todas sus fuerzas, para la lucha en que va á entrar, oyéronse á lo lejos los ladridos de un perro de caza.

—Es Napft, exclamó Conrado deteniéndose.

—Habrá roto su cadena y aprovechado su libertad para cazar en el monte, respondió Rosa.

Conrado le hizo señal de que callase, y escuchó con aquella atención propia de un cazador y de un montañés, que se acostumbra á adivinarlo todo por los mas leves indicios. Los ladridos se oyeron mas cercanos, y Conrado se estremeció.

—Si, tienes razón, Rosa, Napft está cazando, pero no sabe qué caza busca.

—¿Qué nos importa!

—Lo que importa la vida á los que huyen. Nos persiguen, y el infierno ha sugerido á esos demonios la mas inesperada idea: no sabiendo como encontrarme, han soltado á Napft, y fiádose á su instinto.

—¿Pero por qué dices esto?

—Escucha y observa cuán lentamente se acercan los ladridos, lo tienen atado para no perder la pista, pues de otro modo Napft ya estaria con nosotros.

Napft ladró de nuevo, pero no se conocía que se aproximase mas; al contrario, parecía que su voz estaba mas lejana que la primera vez que se habia oído.

—Pierde la pista, dijo Rosa con alegría.

—No, no, respondió Conrado. Napft es demasiado bueno para engañarse: esto es que el viento sopla contrario: oye, oye. El violento estampido de un trueno, interrumpió los ladridos que se oyeron mas cerca. Conrado tomó á Rosa de la mano y llevósela, y aquella recogió todas sus fuerzas, y se adelantó hacia el camino que su marido le señalaba; caminaron un cuarto de hora, y de repente se hallaron á orillas de una de aquellas aberturas tan comunes en las montañas. Aquella, la habia hecho un terremoto, en tiempos que los visabuelos habian olvidado ya, y dividía el terreno con una barranca de veinte pasos de anchura, y larga de una legua. Era una de aquellas arrugas que anuncian la vejez de la tierra. Llegados allí,



Conrado dió un grito terrible, al ver que el frágil puente que pasaba de uno á otro lado se había roto al impulso de una roca, que había caído rodando desde la cima del Roestock. Rosa penetró cuanta desesperación se encerraba en aquel grito de su marido, y creyéndose perdida, se arrojó.

—No, no, todavía no es tiempo de rezar, exclamó Conrado con los ojos radiantes de alegría. Animo, Rosa, que Dios no nos abandonará. Diciendo esto se dirigió hacia un pinabete, á quien las borrascas habían despojado de sus ramas, y que vegetaba solitario á la orilla del precipicio: sacó su hacha y empezó á descargarla con toda su fuerza en el tronco del árbol, que atacado por un enemigo mas fuerte que las tempestades, gemía desde la raíz hasta la punta: verdad es que jamás hubo leñador que descargase tan fuertes golpes. Rosa animaba á su marido, al mismo tiempo que escuchaba los ladridos de Napft, que se iba acercando mas y mas.

—Animo, amado mío, decía, ánimo que el pinabete balancea ya y se tuerce. ¡Oh! ¡cuán fuerte eres, Conrado mío! ya cae, ya cae. Si si: ¡Dios mío! gracias a ti, ya estamos salvos.

En efecto, el pinabete cortado por el tronco, cedió al impulso que le dió Conrado, y cayó de través sobre la barranca, formando un puente intransitable para cualquiera que no fuese montañés, pero muy suficiente para el pie de un cazador.

—No temas, Conrado, exclamó Rosa, adelantándose antes que él, no tengas miedo y sígueme.

Pero Conrado en lugar de seguirla, no atreviéndose á mirar tan arriesgado paso, echóse al suelo, y con su pecho sujetaba el árbol, para que no vacilase bajo las plantas de su esposa. Napft entre tanto seguía ladrando y ya no distaba ni un cuarto de hora. Conrado luego que hubo cesado el movimiento que los pasos de Rosa daban al árbol, echó la vista al otro lado y la vió que con los brazos abiertos le incitaba á pasar.

Conrado lo verificó como si anduviese por un puente de piedra, y llegado á la otra parte, volvióse, y de un puntapié echó al árbol en el precipicio, y lanzó uno de aquellos gritos de gozo que arrojan el león ó el águila después de una victoria: pasó un brazo en derredor de la cintura de Rosa, y entraron en una de aquellas sendas frecuentadas solo por las fieras. Sus perseguidores guiados por Napft, llegaron al cabo de cuatro minutos á orillas del precipicio.

Entre tanto la tempestad redoblaba su horror, los relámpagos brillaban sin interrupción, los truenos no cesaban de retumbar, el agua corría á torrentes y los gritos de los cazadores mezclados con los ladridos del perro, se perdían en un caos. Al cabo de un cuarto de hora detúvose Rosa: la pobre joven ya no podía andar mas, los brazos la caían, doblábasele las rodillas y decía á su esposo:

—Huye solo, Conrado, yo te lo pido.

Conrado miró en derredor suyo para reconocer á qué distancia estaban del lago, pero el tiempo estaba obscuro, y bajo el velo de la borrasca los objetos habían tomado un tinte tan uniforme que le fué imposible el calcularlo; alzó la vista al cielo y no vió mas que relámpagos y rayos: el sol había desaparecido, como un rey arrojado de su trono en una revuelta del pueblo.

Conrado dejó caer los brazos y lanzó un suspiro, como un gladiador medio vencido.

Al mismo tiempo bajó de la cumbre del Roestock, un extraño y prolongado murmullo, la montaña tembló tres veces, y atravesó el espacio una niebla calida como el vapor que se levanta del agua que hierve.

—Es una bomba marina, exclamó Conrado, es una bomba... y cogiendo á su esposa entre los brazos, se escondió con ella bajo la bóveda que formaba un inmenso peñasco.

Apenas estuvieron en aquel abrigo, cuando se sacudieron las ramas mas altas de los abetos, movimiento que

siguieron las ramas inferiores; un silbido que superó al ruido del huracán llenó el espacio; la selva se inclinó como un campo de espigas; oyéronse espantosos ruidos, y saltaron á pedazos los árboles mas robustos; desarraigábanse unos, levantábanse otros, como si la mano de un demonio les cogiese por la cabellera, y huían ante el soplo de la bomba, saltando y rodando como una turba insensata de enormes fantasmas. Encima de ellos un montón de ramas y de matorrales seguían el mismo impulso, y debajo brincaban millares de peñascos desprendidos de la montaña atorbellinándose como un polvo gigantesco. Los fugitivos seguían con atónita vista, la marcha de aquel fenómeno, que adelantándose en línea recta y derribando cuantos obstáculos encontraba, se dirigió hacia Bauen, pasó sobre una casa que arrancó del suelo llevándosela consigo, separó la niebla en dos paredes que parecían sólidas, halló al paso una casa que anegó, y fué á morir contra las rocas de Aremberg, dejando el espacio que había quedado vacío y desnudo como el cauce de un río que queda en seco.

—Vamos, la bomba nos ha abierto una carretera, exclamó Conrado, llevándose á Rosa hacia la barranca. No tememos mas que seguir esta herida de la tierra que ella misma nos conducirá al lago.

—Puede ser que el huracán nos haya libertado de nuestros enemigos, observó Rosa mientras recogía todas sus fuerzas para seguir á su esposo.

—Así sería, si yo no hubiese echado el puente, por que en tal caso se habrían hallado en la misma línea nuestra, y es probable que sus cadáveres hubieran pasado por encima de nosotros; pero ahora no, por que se han visto obligados á hacer un rodeo para pasar el precipicio. La bomba les habrá dado tiempo para alcanzarnos: ¿ves? ahí tienes la prueba ¿oyes?

En efecto, Napft volvía á ladrar. Conrado conociendo que Rosa desfallecía, la tomó en sus brazos, y con aquella carga caminaba mas ligero aun que sin ella. A las pocas palabras que habían cambiado ambos esposos se siguió un profundo silencio de diez minutos, en los cuales Conrado caminó tanto que ya veía el lago á unos quinientos pasos, á través de la lluvia y de la niebla, y Rosa tenía fijos sus ojos en el extraño valle que acababan de pasar. De repente Conrado la sintió estremecerse, y oyéronse al mismo tiempo gritos de alegría dados por los soldados que los perseguían. Napft brincaba junto á su amo, pues al reconocerle había tirado con tanta fuerza de la cadena que le sujetaba, que la rompió.

—Si, si, dijo Conrado, eres un perro fiel, pero tu fidelidad nos pierde mas que una traición. El desesperado fugitivo se dirigió en línea recta hacia el lago, mientras que á trescientos pasos de distancia le seguían ocho ó diez arqueros del señor de Wolfranchiess; pero al llegar á la orilla presentóse un nuevo obstáculo: el lago estaba enfurecido como un mar tempestuoso, y á pesar de los ruegos de Conrado ningún barquero quería arriesgar la vida por la suya.

Conrado corría como un insensato, llevando siempre á su esposa, que estaba medio desmayada, y en altos gritos pedía protección y socorro, pues los arqueros se acercaban mas y mas.

De repente saltó un hombre de una roca al camino, y preguntó ¿quién pide socorro?

—Yo, respondió Conrado, para mí y para esta muger que traigo en brazos. ¡Una lancha, por Dios, una lancha!

—Venid, dijo el desconocido, saltando á un batel que estaba amarrado á una pequeña argolla.

—¡Oh! ¡sois mi salvador!.....

—El salvador es aquel que derramó en la cruz su sangre por todos los hombres; Dios me traiga á vuestro encuentro; dadle gracias y dirigidle vuestras preces, porque no nos desampare en este conflicto.

—¡Pero al lo menos sabed á quien salvais!



—Estais en peligro: no quiero saber mas, venid.

Embarcóse Conrado y colocó a su esposa del mejor modo que pudo, mientras que el desconocido desplegó una pequeña vela, y sentándose junto al timon, desató la cadena que sujetaba la lancha a la orilla. Apenas la habia soltado y ya saltaba de ola en ola, obedeciendo al soplo del viento como un caballo que siente la espuela y la voz de su gineete. Aun no estaban los fugitivos a cien varas de la orilla cuando llegaron los arqueros.

—Señores guapés, vinisteis tarde, dijo el desconocido; ¡ya estamos fuera de vuestro alcance! pero esto no basta, dijo volviéndose a Conrado. Echaoos, jóvenes, ¿no veis que llevan mano a los arcos? Una flecha corre mas que una barca, aunque esta se la lleve el demonio de las borascas, ¡de brucees, de brucees en seguida! Conrado obedeció, y al mismo tiempo se oyó un prolongado silbido sobre sus cabezas. En el mastil del batel se clavó una flecha; las demas se perdieron en el lago. El barquero miró con calmosa curiosidad la flecha cuyo hierro se habia metido por entero en el mastil.

—No puede negarse, murmuró, que en nuestros bosques se hacen buenos arcos de fresno, de tejo y de arce: si la mano que los prepara y el ojo que dirige la flecha fuese mas diestra, el diablo que les sirviese de blanco: pero tampoco es fácil tocar a una gamuza que corre, al pájaro que vuela o a la lancha que brinca como esta. Bajaoos, jóvenes, que viene otra descarga. En efecto clavóse una flecha en la proa, y otras dos agugereando la vela se quedaron cogidas por las plumas. El piloto las miró desdeñosamente. Ahora, amigos, protegidos, ya podeis sentaros en

este banco con tanta seguridad como si estuviéseis en vuestra casa, porque cuando quieran hacer la tercera descarga ya estaremos fuera de tiro, solamente con una ballesta se podría hacer llegar hasta aquí..... ¡Toma, toma, mirad si decia yo bien! En efecto la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la lancha. Los fugitivos estaban ya a salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecia tan fuerte contra la una como bien dispuesto para la otra, pues al cabo de media hora ya habian desembarcado en la orilla opuesta y Napft, de quien se habian olvidado, les siguió nadando. Antes de separarse del desconocido pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuración de que él formaba parte, y empezó a hablarle de lo que habia pasado en el Grutli; pero a la primera palabra el barquero le interrumpió:

—Habeis pedido socorro, y yo os le he dado, como hubiera querido que me lo hubiesen dado a mí en vuestro lugar; ahora no pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero a lo menos, dijo Rosa, decidnos vuestro nombre, para que podamos llevarlo en el corazon al lado de los de nuestros padres, porque os debemos la vida como a ellos.

—Si, si, decidnos vuestro nombre, y no os escuseis, porque no podeis alegar excusa alguna.

—No seguramente, respondió sencillamente el forastero, al tiempo de amarrar su barca a la orilla del lago. Yo soy cobrador del convento de Zurich, y me llamo Guillermo Tell. Dicho esto saludó a los dos esposos y tomó el camino de Fluelen. (Se continuará.)

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### DE LAS GALANTES Y ALEGRES VERBENAS,

y en particular de las llamadas de San Juan y San Pedro.



Desde los tiempos mas remotos se vé al pueblo madrileño y a todos los de España, reunirse en alegre y bulliciosa romería en las noches de las vísperas de las festividades de San Antonio de Padua, San Juan Bautista, San Pedro Apóstol y nuestra señora del Carmen, uso que vemos practicarse casi en todos los pueblos cristianos, particularmente en Europa. El verdadero origen de esta costumbre, así como el de encender hogueras en las vísperas de San Juan se pierde, como otras muchas, en la tenebrosa noche del pasado; y nos parece debe venir de los primeros siglos de nuestra era, puesto que siendo casi general este festejo en los pueblos de la cristiandad, como acabamos de decir, no pudo pasar de la época en que la iglesia santificó a los espresados ilustres varones.

Sin embargo otros antecedentes nos inclinan a creer

gentilico el origen de las verbenas, que tal vez adaptasen despues los cristianos a las espresadas festividades para obsequiar con ellas a los caros objetos de su culto. Sabemos por los autores que los antiguos griegos y romanos, celebraban en honor de las Gracias la alegre fiesta llamada *Carista* en la cual se las ofrecian tortas é inciensos. Esta fiesta se celebraba de noche cantando graciosos himnos, y bailando alegremente al frente de los templos y paseando bulliciosamente por el campo. Por la mañana se tenían opiparos almuerzos de fiambres a los que se denominaba *bellaria*, y a ellos asistían todos los que habian pasado la noche en vela en obsequio de las Gracias: ¿no podrian originarse de aquí nuestras verbenas?

El nombre de verbenas que se da a esta romería, nocturna, es de la planta llamada así en latin y *grama* en castellano, denominándose tambien *planta sagrada*, por los muchos remedios para que sirve, siendo excelente, segun Terreros, para curar la hidropesia y la gota. Las hojas de estas plantas son semejantes a las del roble y su flor es amarilla en los machos y blanquecina en las hembras. Del agua de esta planta en fusion, se servían los antiguos para sus lustraciones, a manera que lo hacemos nosotros con el agua bendita, y con ella purificaban las casas en ciertos acontecimientos y en varias épocas del año.

Era opinion entre los griegos y romanos, segun escribe Dioscorides en su obra de la Historia de las plantas, que si se regaba el sitio en que habia de darse un convite con agua en que se hubiera puesto en remojo la verbenas, tenían los convidados forzosamente que estar muy con-



tentos y bulliciosos. Dice Covarrubias en su Tesoro de la lengua castellana, que cuando iban en legacia á los enemigos, los embajadores griegos y romanos, llevaba uno de ellos en la mano un ramito ó hacecito de verbená, y añade Plinio, de quien es este contesto, que era para estar purificados y volver sin mancha á sus reales. Como vemos, la planta de verbená era una de las sagradas entre los gentiles, y esta es otra de las razones que nos inclina á creer que las fiestas nocturnas de que tratamos tienen un origen gentílico, cuya costumbre pasó á los cristianos con variación de objeto como otras muchas.

*Coger la verbená*, dice el Diccionario de la Academia y Terreros sencillamente, que significa madrugar á paseo; y como nada nos diga de la razón que tuvo para dar esta definición, creemos nosotros la fundaría en la costumbre que había en su tiempo en Madrid, de ir al soto de Manzanares muy de mañana á pasear por sus frondosas y espesas alamedas. En una canción anónima que poseemos perteneciente á los últimos años del siglo XVII, por referirse, en algunas estrofas, al rey Carlos II se dice:

A coger la verde grama  
La mañana de San Juan,  
Va la niña con afán  
Dejando la muelle cama.

Con relación á esto, nos dice también el escelente poeta dramático, don Lope de la Vega Carpio en su *Dorotea*.

Las frentes que coronan  
Corales y verbenas,  
Para que doble el llanto  
Tan risa en tragedia.

Y atendiendo á que en muchas canciones, seguidillas y otras clases de poesías españolas, se hace referencia de la grama ó verbená en el sentido de ir á coger, creemos que en lo antiguo, bien porque la vendieran en los paseos y en las puertas de los templos, como el romero y la oliva en la Semana Santa, y la albacaca, claveles, ramos de guindo, de peral y otros frutos y flores que en estas mismas noches y días de junio, se venden en Santa Cruz y en sus alrededores, ó por criarse la grama en los sotos de Manzanares, lo cierto es que era costumbre en las fiestas de los dos santos apóstoles Juan y Pedro, el llevar verbená los jóvenes. La siguiente estrofa de la primera composición citada, nos confirma en nuestra opinión, porque nosotros vemos en la poesía de un pueblo, un vasto cuadro, en el que con mas ó menos maestría, se hallan pintadas todas sus costumbres.

Con la flor de la verbená,  
que ayer tarde te compré,  
dice el doctor que encontré,  
el remedio de tu pena.

Mira tú si bien hicimos,  
ir á cogerla te aprano,  
pues se nos vino á la mano  
lo que ha tanto que pedimos.

¡Ay San Juan, San Juan  
que á coger tu verbená las niñas van!

Dejando para otro el trabajo de buscar la verdadera significación de la frase *coger la verbená*, por bastar á nuestro objeto lo que llevamos dicho, y concretándonos por ahora, á dar razón de la costumbre, del alborozo y alegría con que asiste Madrid las tres noches espresadas á sitios determinados, á pasear y divertirse, vamos á tomar la historia desde el siglo XI en tiempo de la dominación de los árabes, que es donde hallamos ya noticia de

estos regocijos públicos en esta villa, llamada por los escritores de aquellos conquistadores, Magerit ó Malgrit, según otros.

En los infinitos documentos de los archivos públicos y privados, que ya españoles, ya árabes tuvimos que registrar para escribir la historia de Madrid y sus costumbres, que empezamos á publicar en 1850, hallamos uno traducido del árabe que perteneció á la librería del erudito don Miguel Casiri; en el que haciendo referencia de la fortaleza de Magerit, como una de las plazas mas considerables del reino de Toledo en tierra del *Almenon*, rey moro de Toledo á quien se dirigía el aviso se decía: «Que en las noches de San Juan y de San Pedro, se tenía que reforzar la vigilancia en las murallas de la plaza, por que los infieles y enemigos de Alá se juntaban á pretexto de sus devociones á los benditos siervos del Señor, y recorrían los campos con lascivos bailes y gritos de alegría, así los hombres como las mugeres, que sin velos que tapasen sus rostros corrían desordenadamente ofendiendo á Alá con sus gritos.» El mismo que dice esto, que parece ser un tal Ben-Albofá, se queja de que los servidores de Alá, se iban, á pesar de sus consejos, á estas escandalosas fiestas á pretexto de encender las luminarias en las que oían *azalas* subversivas, y blasfemias contra el profeta querido de Dios, y pide al rey de Toledo Almenon, que ordene que tales noches se prohiba el ir los cristianos á la ermita de la virgen de las Tochas (sería de Atocha), que contra la ley del Corán se les permitía adorar como gentiles idólatras de los ídolos, y que mande se cierren las casas de los ídolos cristianos, que cercando la población, eran cuarteles donde además de juntarse para maldecir á Alá y al Profeta, tramaban conspiraciones para apoderarse de las fortalezas. Nada mas dice de Madrid este curioso documento; pero es lo suficiente para poder asegurar, que ya en el siglo XI celebraban los madrileños, á pesar de su esclavitud, las verbenas ó vísperas de los santos apóstoles, cuya costumbre, aun mas antigua, les permitió seguir la tolerancia y política de los árabes, mas favorable en punto á religión á los cristianos, que la de estos á aquellos. La tolerancia fué la enseña de los que vestían el turbante, á pesar de oponerse á ella la ley de su Profeta, al paso que la mas atroz intolerancia caracterizó á los que se llamaban hijos de Cristo que la predicó y enseñó á sus apóstoles.

En un documento suscrito por Pereda, autor de la historia de la patrona de Madrid, que parecen apuntes preparatorios para dicha obra hallamos, entre otras cosas, esta noticia: «Segun un antiguo manuscrito, estos días (de San Juan) parece que los moros, cuando tenían por suya la villa, concedían á los cristianos algunas licencias, y permitían divertirse á los moros que se reunían con aquellos en sus danzas.» Este manuscrito sería tal vez el mismo que hemos citado, con relación á Casiri, cuya traducción pudo hacerse en tiempo de Pereda, ó en la época del autor de la Biblioteca Árabe-Hispana lo cual tenemos por mas probable.

Ninguna otra noticia de las verbenas volvemos á encontrar en los siglos próximos al citado, ni nada dicen de ellas los historiadores de Madrid Gil Gonzalez Davila, Geronimo de Quintana, ni Leon Pinelo, si bien hallamos esta costumbre con diferente objeto y algunas variaciones, entre los árabes andaluces, como diremos en los artículos de enramadas y de luminarias relativas á estas festividades nocturnas.

En la espresada narración árabe hemos visto que el santuario de nuestra señora de Antioquia (1) ó de Atocha situado en la vega de Manzanares, próximamente al

(1) Julano, cronista de Alfonso VI, llama así la Virgen de Atocha, porque fué traída de aquella ciudad por los discípulos de San Pedro.



punto en que hoy se halla, era el punto donde los madrileños iban á ejecutar sus bailes y diversiones en las vísperas de la festividad de los santos apóstoles, sitio que escogerian, tal vez, porque estando bastante separado de la villa, de la que Puerta Cerrada era la entrada mas próxima, podrian allí solazarse mejor por la poca concurrencia de los moros. La costumbre de ir el pueblo cristiano de Madrid en las noches de verbena al campo de Atocha, debió seguir por mucho tiempo, puesto que en el siglo XV, la gente se dirigía á la ermita de San Juan Bautista situada en la vega en la misma huerta de Atocha, la que tal vez se fundase para engrandecer mas estas romerías (1). Posteriormente en el siglo XVI, año de 1588, habiendo hecho á su costa Luis de Paredes Paz la ermita de San Blas, en el camino, hoy paseo de Atocha, á ella y á las anteriores se dirigió el pueblo en las noches de San Juan y de San Pedro, como lo declara Vargas en sus Poesías (2) y otros.

La referida ermita de San Blas, estaba en el alto que hoy conserva su nombre, y no existiendo entonces ni el jardín Botánico, ni el Retiro, aquel seria el campo amenisimo llamado de San Gerónimo, por hallarse este convento en medio de él, y estaba separado de Madrid por el arroyo del Prado que hemos conocido cubrir, y se halla cubierto por el actual paseo de los coches, el cual se pasaba por un puente de madera que llevaba tambien el nombre de San Gerónimo.

En el siglo XVII, se vé repentinamente mudada la escena de las verbenas en Madrid, desde el Oriente al Occidente, sin que podamos achacarlo á otra cosa, que ha haberse fundado la ermita del Angel de la Guarda el año 1603 á la otra parte del río, donde hoy está la puerta de la Casa del Campo llamada del Angel (3). Sin duda la amenidad que dá á este sitio la proximidad del río al otro lado del puente de Segovia, y la novedad de aquel santuario, inclinó al pueblo á mudar de sitio de reunion, entendiendo sus correrías despues, hasta el soto de Migas Calientes, sotillo del Corregidor, Fuente de la Teja, Cam-

(1) Esta ermita y otras tres que hubo en el mismo sitio, se derribaron para hacer el convento de Atocha, que hoy es cuartel de Inválidos, en tiempo de Carlos V.

(2) El citado Vargas en un romance que titula las Vallecunas dice en una cuarteta:

Si á la ermita de San Blas  
Vas á coger la verbena,  
Pedirás que la garganta  
El Santo me ponga buena.

(3) Esta ermita á la que se llevó la imagen del Angel que estuvo en lo alto de la puerta de Guadalajara, hasta que se quemó esta en tiempo de Felipe II, fué fundada por los porteros de Villa y Corte, en 25 de julio de dicho año, y habiéndose arruinado aquella ermita, en 1783 se trasladó al camino de Atocha donde hoy está, á la capilla que se hizo para el santo Cristo de la Oliva, que con San Blas se venera tambien en ella.

po de la Rivera, Camino del Pardo, por donde se sabe, se divirtió el pueblo madrileño en todo este siglo. Millares de citas de nuestros dramáticos y aun de nuestros liricos conocidos, podriamos traer en apoyo de la costumbre de ir á coger la verbena á los sotos de Manzanares de esta parte de Madrid; pero las omitimos por ser muy conocidas sus obras hasta del vulgo.

Fundada en 1720, la capilla de San Antonio de la Florida, en el camino del Pardo (1), y despues en 1728 la de la Virgen del Puerto, á la vera del río en la alameda del puente de Segovia, se detuvo ya el pueblo á celebrar sus bailes y fiestas en estos frondosos sitios, en los que aun se vé hoy día graciosas romerías en los días de San Antonio en el primero, y el 8 de setiembre en el segundo. Algunos bandos publicados en los tiempos de Carlos III, y de su sucesor, y sobre todo de la comodidad y frescura que ofrece el paseo del Prado debido al gusto de aquel rey y á los cuidados del ayuntamiento de esta villa, que le ha ido hermoseando cada vez mas, ha hecho que el pueblo se regocije, sin salir de los muros de la villa en las noches de verbena. En efecto á escepcion de la de San Antonio, que se celebra todavia en la Florida, y la de la fiesta del Carmen, que se verifica en la calle del Carmen y en la de Alcalá en los santuarios que tienen este nombre, acudia el pueblo de Madrid en todas sus clases en los anocheceres de las vísperas de los santos apóstoles á pasearse á la Plaza Mayor, (hoy de la Constitución) hasta que en 1841, se mudó este paseo, á la nueva y frondosa plaza del Progreso, ejecutada en el sitio que ocupó el convento de la Merced, por haber llevado allí el ayuntamiento la venta de las flores en este día. Paseése la plaza que quiera, la costumbre es de acudir á las once de la noche, al salon y alamedas del paseo del Prado, donde pasa el pueblo la noche paseando y regocijándose desde la puerta de Atocha, á la de Recoletos. En este sitio se echa el resto por nuestros madrileños en alegres bailes donde se luce la sal española, al compás de las picantes seguidillas y festivas jotas y rondañas, y en bailes de sociedad por la clase media que se anima tambien en tan bulliciosa noche. Los amantes recorren esta noche las casas de sus queridas, dándolas graciosas serenatas, residuo de las enramadas con que en tiempos mas antiguos adornaban sus ventanas, como veremos por el artículo del año que viene en igual fecha; y puede asegurarse que en estas verbenas celebradas en todos los pueblos, es donde mas se caracteriza el genio alegre y festivo á la par que grave y compuesto del pueblo español y en particular de los hijos de Madrid.

(1) Fué fundada por el cuerpo del resguardo de puertas: se reedificó en 1770, y volvió á reedificarse en la forma elegante que hoy tiene, en 1792, haciendo sus planos el arquitecto Fontana, sus imágenes el escultor Gñes de quien es el santo, y sus bellos frescos y pinturas los célebres Goya, Maella y Gomez.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

## ESTUDIOS AGRICOLAS.

### EL LUPULO.

Esta planta crece naturalmente y se cultiva en Francia, Inglaterra, Alemania y Flandes. Asi como la biguera, el moral, el cañamo, la ortiga y la paretaria, el lúpulo ó *hombrecillo*, pertenece á la familia de las *urticarias*. Sus tallos son delgados, angulosos, algo ásperos al tacto, leño-

sos, de diez, doce y mas pies de longitud: sus hojas pecioladas y en forma de corazón están dentadas como sierra, en los bordes, y hendidas muchas veces hasta su mitad, formando tres, cuatro ó cinco lóbulos; las flores unas son masculinas y otras femeninas, de color herbáceo; las masculinas están dispuestas en pequeños racimos, en la parte superior de las ramas; las flores femeninas nacen en ciertos senos escamosos, comprimidos, que forman pequeños grupos en el ángulo ó union de las hojas con la rama. El



fruto es un granito redondo algo complanado, rojizo y envuelto en una membrana.

El uso principal que se hace del lúpulo, es para la fabricación de cerveza, y también se emplea en la medicina; la corteza del tronco da una especie de hilaza que sirve para hacer cuerdas.

Como la cerveza está tan generalizada, principalmente en los países del Norte, el lúpulo forma en el día un ramo considerable de comercio, y su cultivo ha sido objeto de atención para muchos agrónomos. Este se practica del modo siguiente.

En una tierra ligera, bien que bastante crasa, al abrigo de los vientos y en una exposición húmeda, se colocan en unos agujeros dispuestos al tresbolillo, y distantes de unos seis pies, varias plantas vigorosas cortadas de las robustas cepas de un viejo plantío. Al segundo año después de haber cortado los tallos cerca del suelo, se hacen trépar los nuevos y tiernos vástagos a lo largo de altisi-

mos rodrigones, que á veces tienen treinta pies. Dos meses después de la florescencia, se halla ya el lúpulo maduro. El tiempo mas propio para la cosecha, es cuando las escamas de los frutos han dejado el color verde y tomado un color oscuro. Entonces, como se vé en la lámina que ya unida á este artículo, se corta el lúpulo á unos tres pies del suelo, y se arrancan al mismo tiempo los conos ó vulvos.

Para conservar el fruto del lúpulo se pone á secar con prontitud en hornos, ó de otra manera análoga: luego para impedir que dicho fruto en lo sucesivo se pulverice, se estiende en estancias aircadas y secas, donde recobra su elasticidad. Finalmente lo ponen en sacos.

Los ingleses, que mas que las otras naciones han perfeccionado la cultura del lúpulo, no se contentan con reunir por medio de estacas los troncos del lúpulo en densas masas, como lo indica la lámina; sino que han sustituido á esa especie de cestos, unos empujados ó em-



COSECHA DEL LÚPULO.

palizadas, sostenidas por una línea de pértigas verticales que sostienen otras colocadas en dirección horizontal. Dichas empalizadas con exposición al mediodía, llenanse mas presto de hermosos frutos, que se cogen por medio de escalas á medida que van madurando.

Finalmente, en estos últimos tiempos se han sustituido á los rodrigones ó estacas de madera, barras de

hierro puntiagudas, por ser mas favorables á la fructificación, y su acción se explica comparándolas con los rayos. No hay duda que la intensidad de la corriente eléctrica que circula por el hierro, debe acelerar la vegetación del lúpulo.

A la cosecha del lúpulo sigue una fiesta muy parecida á la de la vendimia.